This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL
2408
1.39

SAL 2408.1.39

Harvard College Library

FROM THE FUND
FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS

Established 1913

CARLOS GAGINI

(OBRAS DRAMATICAS)

EL MARQUES DE TALAMANCA

LOS PRETENDIENTES

DON CONCEPCION

1905

SANTA ANA.

IMPRENTA DE ANGEL E. DELGADO

EL MARQUES DE TALAMANCA

ZARZUELA EN TRES ACTOS

Y EN VERSO.

LETRA DE

CARLOS GAGINI

MUSICA DE

EDUARDO CUEVAS.

ESTRENADA EN EL TEATRO NACIONAL DE SAN JOSE DE COSTA RICA EL 24 DE NOVIEMBRE DE 1900 Y REPRESENTADA OCHO VECES CONSECUTIVAS.

1905

SANTA ANA.—IMP. DE A. E. DELGADO.

SAL 2008.1.39
SAL 2408.1.39
HARVARD COLLEGE LIBRARY
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND
Dec 29, 1930

REPARTO

D. RODRIGO	TENOR	SR.	SOTORRA
D. LOPE	BARÍTONO	SR.	LÓPEZ
OBREGÓN	,,	SR.	IBÁÑEZ
FRAY AMBROSIO	BAJO	SR.	RICÓS
SALAZAR	,,	SR.	CANTERO
NUÑO	TENOR CÓMICO	SR.	FREIXAS
LEONOR	TIPLE	SRA.	CAMPOS
ELVIRA	CONTRALTO	SRA.	RAMÓN
JUANA	TIPLE COMICA	STA.	ARANGUREN
UN PREGONERO			N. N.
COSTURERA 1a			N. N.
COSTURERA 2a			N. N.
COSTURERA 3a			N. N.

SEÑORAS, CABALLEROS, SOLDADOS, ALGUACILES, FRAILES, COSTURERAS, PUEBLO.

LA ESCENA EN CARTAGO (COSTA RICA) EN 1,663.

Obra estrenada en el Teatro Nacional de San José el 24 de noviembre de 1900 y representada ocho veces consecutivas.

ACTO I

Jardín en casa de don Lope, iluminado con farolillos de colores. A la izquierda pared alta con un postigo. A la derecha, escalinata y dos puertas que conducen al interior de la casa. Casi en el centro un cenador con una cortina de verdura por los costados. En el fondo, pared igual á la de la izquierda. Es de noche.

ESCENA I.

Don Lope y Obregón sentados dentro del cenador; señoras y caballeros, paseándose en traje de carnaval.

—MUSICA—

La noche está serena, tranquila como un lago:
la luna resplandece con brillo sin igual;
en fiestas bulliciosas la noble y leal Cartago
se entrega á las locuras de alegre carnaval.
Termina ya esta noche la fiesta placentera,
los ecos de la música resuenan por doquier:
(*Se oye dentro una música que pasa.*)
gocemos, si, gocemos, el baile nos espera:
gocemos, que son breves las horas de placer.
Mirad, mirad, ya vienen risueñas hacia acá
las bellas cuya gracia el gozo aumentará.
(*Entra el cuerpo de baile*).

VALS.

CORO.—Marchemos á apurar
las copas de licor;
después á continuar
el baile encantador.

(*Vanse el coro y las bailarinas por la derecha 2o. término.*

ESCENA II.

D. Lope. Obregón.

—HABLADO.—

O.—Bien concluyen, á fe mía,
las fiestas del carnaval.
Dios bendiga á Sandoval
que nos las trajo.
L.— Decía
aquel gran Gobernador
que no es posible vivir
sin amar y sin reír,
sin hembras ni buen humor:
y dando él mismo el ejemplo,
tanto á las fiestas se dió,
que muy poco le faltó
para bailar en el templo.
O.—Así andaría el gobierno.
L.—Otro mejor nunca he visto.
O.—Pues debió de ser m s listo
que un diablejo del infierno.
L.—Y m s que listo, prudente,
afable y caritativo,

en el mando muy activo
y en la guerra muy valiente.
Veinte años ha que dejó
La gobernación, ¡Qué hombre!
Todos recuerdan su nombre
con cariño.

O.— Dios le dió
cualidades peregrinas.

L.—Le siguieron, como sabes,
primero don Juan de Chaves,
luego Fernández Salinas.
En Costa Rica sirvieron
con mucho acierto los dos,
y se fueron ¡vive Dios!
tan pobres como vinieron.
Después....por rigor del hado
ó por castigo divino,
de Guatemala nos vino
Andrés Arias Maldonado.
Há poco murió: aún le llora
Cartago, y "padre" le llama!
(*con sarcasmo*)
Así es siempre: el pueblo aclama,
no á la mano bienhechora
que con cariño le trata,
no al salvador que redime,
sino al yugo que le oprime
y al amo que le maltrata.

O.—¿Por qué fué vuestro enemigo
y os persiguió con encono?

L.—Ya murió, y no le perdono,
ni á sü hijo don Rodrigo:
y la pasión es tan fuerte,

que al recordar hoy mi agravio,
ni sella el respeto el labio,
ni apaga el rencor la muerte.
(*pausa breve*)
Cuando Fernández Salinas
dejó la gobernacion,
ya debía, con razón,
sucederle. No imaginas
cuánto se empeñó la Audiencia
de Guatemala en lograr
mi nombramiento, y premiar
mis servicios y experiencia.
Mas fue en vano. Don Andrés,
calumniándome sin duda,
y contando con la ayuda
del duque de Alba (pues es
su pariente) hizo que el Rey
el cargo le adjudicara
y que á mi no me dejara
ninguno. ¡Famosa ley,
que á los malos servidores
premia con mercedes reales.
y les niega á los leales
recompensas y favores!

O.—Capricho, al fin, de un monarca
que todo lo puede.

L.— No:
ingratitud, digo yo,
é intrigas. En cuanto abarca
nuestro imperio en esta tierra,
nadie como yo ha servido,
nadie su sangre ha vertido
tantas veces en la guerra:

y no hay aquí una montaña
do no haya escrito mi acero
con sangre del indio fiero
las altas glorias de España.
De la patria me alejé
con mi familia, y aquí
sin descanso combatí
por el Rey y por la fé.
Jamás empañó el decoro
de mi alcurnia una bajeza,
ni ambicioné otra riqueza
ni codicié más tesoro
que guardar inmaculada
la fama de mis blasones,
y sin mancha de traiciones
los dos filos de mi espada:
que yo soy Mendoza y Lara
y en mi la infamia no cabe:
un Mendoza sólo sabe
herir siempre cara á cara.
Andrés Arias Maldonado
no fué, no, buen caballero:
sin respetar ningún fuero
me persiguió encarnizado.
Escucha atento y verás
si mis odios son fundados,
y por qué á los Maldonados
No perdonaré jamás.

—MUSICA—

Mis hijas y mi esposa
Eran todo mi anhelo:
hacían menos penosa

mi vida en este suelo.
Mi bella esposa Luisa
formaba mi consuelo:
hacía del mundo un cielo
con su dulce sonrisa.
Por ella resignado
en esta tierra extraña
sufrí la inicua saña
de Arias Maldonado.
Un día mi enemigo
sin causa fundada,
su inquina conmigo
mostró despiadada.
Fuí preso, encarcelado,
y el bárbaro inclemente
á un clima cruel, ardiente,
envióme desterrado.
Allí á mi pobre Luisa
la fiebre devoró:
con su última sonrisa
mi dicha se extinguió.
Aun veo su mirada
sin luz ni movimiento,
y aquella boca amada
lanzar su último aliento.
Mis odios aún despierta
la historia de mi duelo:
vengar tan sólo anhelo
á la adorada muerta.

— HABLADO —

O.—No os aflija tanta saña,
don Lope: al fin nos harán

justicia y se acordarán
de nosotros en España.
A mí también me aborrece
Rodrigo Arias Maldonado:
á Nicoya me ha enviado.
L.—¿Y eso extraño te parece?
¿y tal proceder te asombra?
Es ya costumbre muy vieja:
el tirano siempre aleja
á todo el que le hace sombra.
Yo sólo males espero
mientras mande don Rodrigo.
O.—Yo no: la esperanza abrigo
de ver á ese aventurero
caído.
L.— La expedición
que á Talamanca hace un año
dirigió, le hizo gran daño
en la pública opinión.
Vencido volvió y sin blanca;
mas el Rey le protegió
y el título le ofreció
de "Marqués de Talamanca".
Y de allá no hubiera vuelto
si no le hubiese llegado
socorro.
L.— Ya derrotado
y por los indios envuelto,
pudo hacer que Salazar,
su teniente, recibiera
una carta, y consiguiera
al Cabildo interesar.
En persona fué el teniente

con cincuenta arcabuceros,
nuestros mejores guerreros,
á librar al imprudente.
O.—Ya no tendrá don Quijote
en su segunda salida
quien por salvarle la vida,
en el cabildo alborote.
L.—El teniente le aborrece.
O.—También el Cabildo.
L.— Sí:
por eso le tengo allí
cenando.
O.— Bien lo merece (*riendo*)
L.—Mas ya es tiempo de ir á ver
nuestras máscaras. No vienes?
O.—Me lo impiden los desdenes
de una dama. ¿Qué placer
puede hallar junto á las bellas
un amante desdeñado,
si todas sienten enfado
oyendo necias querellas?
L.—Al que ama, nada le arredra.
O.—Si ve que no desagrada.
L.—"Una gota continuada
rompe la más dura piedra".
(*Vase por la derecha, 2o. término*).

ESCENA III

Obregón.

Mucho tarda Salazar.
¡Con tal que buenas noticias
signifique su tardanza!

El pobre ama tanto á Elvira,
que por ella está vendiendo
á don Rodrigo y milita
en el bando de don Lope.
Mas no parece la niña
muy inclinada á quererle,
ni siquiera agradecida
á sus obsequios. De fijo
hay en todo esto un enigma,
uno de tantos caprichos
de las almas femeninas,
secreto que yo sabré
poner en claro algún día.
Paciencia, Obregón, paciencia,
nada hay que no se consiga
con esta santa virtud
y un poquito de malicia.
Conviene estar en acecho
y seguir á doña Elvira.
Así descubrí, observando
de mi Leonor las salidas,
sus amores con Rodrigo,
sus billetes y sus citas
en la iglesia. Sólo yo
tengo el hilo de esa intriga
que ni sospecha don Lope.
¡Amantes de dos familias
enemigas! ¡Qué argumento
para comedia, á fé mía!
"¡LOS AMANTES DE TERUEL",
del gran Tirso de Molina!
Y con todo, no desisto
de mi amorosa porfía;

de *él* me desharé muy pronto;
por lo que toca á la niña,
le olvidará poco á poco,
y como es tan dulce y tímida,
será á la postre mi esposa
por derecho de conquista.

ESCENA IV.

Obregón. Salazar, por la derecha, 2°. término.

S.—¿Qué murmuráis?
O.— ¡Ah! ¿sois vos?
S.—El mismo que viste y calza.
O.—Y bien ¿hay algo de nuevo?
S.—Que por fin sale mañana
con su gente don Rodrigo.
O.—¡Fresca noticia!
S.— No es mala
si se agrega que son nuestros
cuantos van á la campaña.
O.—¿Qué decís?
S.— Ante el dinero
no hay honradez que no caiga,
ni lealtad que no se mude,
ni milagro que no se haga;
todo lo transforma el oro,
y como potente ráfaga,
se abre paso entre las rocas,
los altos montes allana,
arrastra el lodo á las cumbres
y la virtud á la charca.
O.—No hablara mejor un fraile
sobre la codicia humana.

S.—Repartí entre los soldados
doscientos pesos en plata,
diciéndoles que al regreso
les daría doble paga;
y todos me prometieron
(como van de mala gana
sirviendo sín sueldo al Rey)
que una vez en Talamanca,
de nuestro buen don Rodrigo
se despiden sin tardanza,
para que prosiga solo
su conquista temeraria.
O.—¿Cumplirán?
S.— Sin duda alguna:
y esta vez no habrá quien vaya
á socorrerle.
O.— Al Cabildo
la expedición desagrada,
y si, como es de esperarse,
esta segunda fracasa,
está resuelto á no enviar
gente, dinero ni armas.
S.—¿Habéis dicho algo á don Lope?
O.—Descuidad, no sabe nada
del soborno de la tropa
ni de mi plan de batalla,
ni lo que estoy preparando
contra Rodrigo en España.
S.—Es preferible ocultárselo:
sus ideas son tan raras....
O.—Pero hablando de otra cosa:
mi curiosidad es tanta,
que aunque sea indiscreción

quisiera saber la causa
de vuestro odio á don Rodrigo.
S.—El rigor con que me trata,
su altivez, y más que todo
sus ofensas embozadas.
Desde que mostré afición
á Elvira y vine á su casa,
no cesa el Gobernador
de lanzarme finas sátiras,
y venga ó no venga á cuento,
de los traidores më habla
y pondera mi lealtad
con ironía marcada.
En su despacho una vez
que con fray Ambrosio estaba,
me dijo riendo: "Teniente,
un amigo es ave rara,
y sois de ello buen ejemplo,
pues no caís en las tramas
que mis enemigos urden,
ni vuestra adhesión quebrantan
ni el amor ni el interés".
Y volviéndome la espalda
añadió, siempre rïendo:
"Si á los traidores colgaran,
vive Dios, que para todos
no habría bastantes plazas
ni alcanzarían las cuerdas
que fabrican en España".
O.—Tendrá ya alguna sospecha.
S.—Yo no sé lo que le pasa:
él y su escudero Nuño
me observan con desconfianza

y se encierran largas horas
á conversar en voz baja.
Hay entradas y salidas,
misterios.... Esta mañana
noté que con disimulo
le entregó Nuño una carta.

O.—Amores quizá.

S.— Es posible;
pero ¿quién es ella?

O.— ¡Extraña
casualidad! Hace un rato
á solas me preguntaba
¿quién es él? viendo de Elvira
la tristeza inusitada.

S.—¡Como! ¿suponéis acaso?

O.—No....yo no supongo nada:
(*con fingida vacilación*).
una mera coincidencia.

S.—No, don Juan: vuestras palabras
envuelven otra intención:
hablad presto, que la rabia
ya me ciega.

O.— Vuestros celos
os hacen mirar fantasmas.
Nada sé.

S.— Ahora recuerdo
que rebozado en su capa
he encontrado varias noches
al Marqués junto á esta casa.

O.—¿De veras?

S.— Señor Alcalde
de Nicoya, es cosa clara
que don Rodrigo ama á Elvira.

O.—Tales indicios no bastan:
como amigo os aconsejo
que estudiéis con mucha calma
este asunto.
S.— Ya sabéis
que prudencia no me falta;
mas si descubro que es cierto,
tomaré de ambos venganza.
No los perderé de vista
de aquí adelante.
O.— Eso basta. (*dan las once*)
S.—¡Las once ya!
O.— ¿Dónde vais?
S.—Ha mucho rato en la plaza
la ronda aguarda mis órdenes.
Pronto volveré. En la sala
esperadme.
O.— Allí estaré.
S.—Dios os guarde.
O.— Con vos vaya.
(*Vanse por la derecha, 2o. término*).

ESCENA V.

Elvira, por la derecha, 1er. término.

Aquí lejos del bullicio,
en esta apacible calma,
soporta mejor el alma
su espantoso sacrificio.
No hay, no, tormento más fuerte
que sonreír ante el mundo,
llevando en lo más profundo
del alma, oculta la muerte:

y fingir siempre alegría
en ruidosa diversión,
mientras sufre el corazón
interminable agonía;
y sofocar el dolor
y á duras penas el llanto,
sin poder en mi quebranto
confiar á nadie mi amor:
que tanto del bien me aleja
y con tal rigor el cielo,
que no me otorga en mi duelo
ni el consuelo de la queja.

= MUSICA =

¿Porqué del alma mía
cuando feliz dormía
en plácida ilusión,
se apoderó traidora,
turbando mi alegría,
tiránica pasión?
¿Porqué dentro del pecho
como antes satisfecho
no late el corazón,
ni puede en su congoja,
por el dolor deshecho,
ahogar esa pasión?

En vano en mi quebranto
al hombre que amo tanto
me empeño en olvidar:
la imagen adorada,
borrada con el llanto,
revive sin cesar.
En vano cuando llena
el alma inmensa pena,
procuro resistir:
á amar sin esperanza
la suerte me condena;
á amar hasta morir.

(*Se sienta dentro del cenador y se cubre el rostro con ambas manos*).

ESCENA VI.

Elvira: Nuño abre cautelosamente la puerta falsa y entra seguido de don Rodrigo, ambos con antifaz.

N.—(Está desierto el jardín:
podemos, señor, entrar).
R.—(¿No hay nadie?)
N.— (En aquel confín
está oculto un serafín).
R.—(Es ella).
N.— (No hay que dudar).
R.—Ponte allí por si alguien viene.
(*señalando á la derecha*)
(*Se quitan ambos el antifaz*).
N.—(Pues señor, lindo papel
¡Y ese don Lope que tiene
un geniazo!.... Santa Irene,
que no me encuentre con él).
E.—¡Unos hombres!....¡Santo Dios!
¡Vos, don Rodrigo! sois vos!
R.—¡Elvira!
N.— (¡Buena la hicimos!)
Señorita, aquí vinimos,
sin saber cómo los dos....
R.—Calla. (*á Nuño*) Si á la mocedad
(*á Elvira*).
se le perdonan, señora,
sus locuras ¿no es verdad
que merecen más piedad
las locuras del que adora?
Con su invencible poder
amor me trajo á esta casa;
y olvidando mi deber,
quise hablar á la mujer
que adoro. Pero ¿qué os pasa?
E.—(Virgen Santa, yo deliro....
me engaña la fantasía....

Mas no....si le oigo....le miro....
El hombre por quien suspiro
me habla de amor....Madre mía!)

(Vacila y D. Rodrigo la sostiene y la hace sentarse. Nuño entra en el cenador para hablar con su amo, y entonces sale Obregón, quien al oír voces se oculta detrás del cenador.

R.—¿Os sentís mal?
E.— No....no es nada.
O.—(¡Elvira aquí con Rodrigo
y en sus brazos recostada!)
N. —(*ap. á Rodrigo*) Aunque la llave está echada,
voy á guardar el postigo,
pues un enorme cerrojo
tiene el maldito por fuera,
y al pasar puede cualquiera
dejarnos por puro antojo
dentro de esta ratonera).
R.—Vé.
N.— (De todo este belén
si Dios no nos saca, amén,
resultará alguna historia
de las que dejan memoria
y cardenales también).
(*Vase por el postigo y lo cierra*).
R.—Nunca, Elvira, imaginara,
aunque advierto vuestro llanto,
que me aborrecierais tanto
para que al verme, sellara
vuestros labios el espanto.
Odios de nuestros mayores
nuestras familias dividen;

mas ¿quién puede á los amores
poner valla, si no miden
los abismos de rencores?
O.—(¡Es para volverse loco!
Tiene razón Salazar.
¡Qué idea! Voile á buscar.
¡Ah Leonor! Dentro de poco
esposa te he de llamar).
(*Vase, 2o. término*).
E.—La natural turbación
(*Levantándose con dignidad*).
que al encontraros sentí,
estorbó á mi indignación
preguntaros la razón
de veros, señor, aquí.
¿Qué asunto real ó supuesto
os trajo? Decidlo presto;
vuestra osadía sin tasa
es agravio manifiesto
al decoro de mi casa.
R.—Reconozco, Elvira bella,
la gravedad de mi culpa;
perdón os pido para ella,
pues el amor la disculpa
y amor todo lo atropella.
¿Vos el motivo ignoráis
de mi venida?
E.— (¡Dios mío!
¡Otra vez! Yo desvarío).
R.—¿Verdad que lo adivináis?
E.—No comprendo....(mortal frío
corre por mis venas).
R.— ¡Oh!

Leonor no os ha dicho....
E.— No.
¡Leonor! [*con extrañeza*]
R.—Sí, la amada mía.
E.—(¡Ella! Es ella!)
R.— No os contó....?
E.—Sí, yo todo lo sabía [*con amargura*]
Ella os entregó la llave
del postigo ¿no es verdad?
¡Y va á venir! [*hace ademán de irse*]
R.— Escuchad.
E. —¡Se amar y nadie lo sabe,
sólo yo. [*con desesperación*]
R.— ¡Elvira! [*asiéndola una mano*]
E.— Soltad.
[*vase, derecha 1er. término*]

ESCENA VII.

Rodrigo.

Es todo esto muy extraño
y en mil dudas me confundo.
¡De Elvira ese gesto huraño!....
Voy creyendo que en mi daño
se conjura todo el mundo.
Mas ¿qué importa su ruin obra
si no me infunden zozobra
ni el odio ni la traición,
si para luchar me sobra
contra todos, corazón?
Vengan odios, iras locas,
no me verán, no, temblar:
para conmover las rocas

¡vive Dios! que son muy pocas
todas las olas del mar.
Mientras me guíe el deber
y alientos me dé el amor,
nada tengo que temer.
[*Acechando por la 2a. puerta*].
Alguien viene....una mujer....
es ella, sí, mi Leonor.

ESCENA VIII.

Rodrigo. *Leonor.*

(*En toda la escena deben ambos asomarse á la 2ª puerta, como temiendo ser sorprendidos*).

=MUSICA=

R.—¡Ella viene! Leonor mía!
L.—¡Rodrigo!
R.— Mi amor, mi bien.
[*La estrecha en sus brazos*]
Los dos—¡Oh momento venturoso,
breve instante de placer!
R.—¿Por qué has tardado tanto?
Triste vienes á la cita.
L.—¿No dice mi quebranto
que mi pena es infinita?
R.—No llores, porque al verte
siento más la cruel ausencia.
L.—No partas, que sin verte
será horrible mi existencia.
Los dos—¡Ah! el amor nos ha ligado
en un mismo ardiente anhelo,
y ya Dios ha consagrado

nuestros lazos desde el cielo.
L.—Oye, mi dulce encanto,
¿de Leonor te acordarás?
R.—Es mi afecto puro y santo
y no dudes de él jamás.
Nuestras almas se unieron
en un beso de amor,
y de entonces vivieron
para amarse las dos.
Eres tú mi tesoro,
mi placer celestial,
y rendido te adoro
con pasión inmortal.
Cesen ya los temores
que me causan pesar,
y vea yo en tus amores
la esperanza brillar.
L.—Rodrigo....
R.— ¿Qué?
L.— Olvidas....
R.— Dí.
L.—Que mi padre te aborrece:
nuestro enlace es imposible.
R.—¡Eso dices, y me quieres!
L.—Yo....
R.— ¿Vacilas?
L.— Yo....
R.— Acaba.
L.—Si mi padre no consiente,
dì ¿qué quieres que haga?
R.— ¿Qué?
Recordar el juramento
que me hiciste aquí ante Dios,

no aumentar más mi tormento....
Quita, ingrata.
L.— Oye.
R.— No.
maldigo la confianza
que en tí deposité,
maldigo la esperanza
que, necio, en tí cifré.
Mujer desleal, perjura,
aparta, véte ya.
En tí mi desventura
el cielo vengará.
L.—Me haces daño.
R.— Aparta.
[*la rechaza con violencia*].
L.— ¡Ah!
R.—¡Perdón! ¿Qué hice, Leonor?
Perdona á un insensato
sus celos, vida mía.
¡Dudar de tí! Primero
del cielo dudaría.
L.—¡Ah. Rodrigo! Tú implorarme
y pedir así perdón!
¡Si soy tuya! Jura amarme
y arráncame el corazón.
Los dos—Nuestras almas se unieron etc.

= HABLADO =

L.—Pones en riesgo tu vida:
has hecho mal en venir.
R.—Me era imposible partir
sin verte, Leonor querida:

sin que la luz de tus ojos
confianza y valor me diera,
sin que un adiós recibiera
de tus bellos labios rojos.
L.—¡Cuánto me haces padecer!
¡Separarte de mi lado!
R.—¡Ah Leonor! para un soldado
lo primero es el deber.
L —Como para mí tu amor
es, Rodrigo, lo primero....
R.—Para quien es caballero,
ante todo está el honor.
Tú misma, si ves en mí
alguna acción deshonrosa,
aunque fueras ya mi esposa
¿me amaras lo mismo, dí?
No te aflijas: en un mes
someteré á los infieles
y vendré con los laureles
á ponerlos á tus pies:
y como triunfo postrero
de guerra tan azarosa,
serás entonces mi esposa,
aunque pese al mundo entero.
¿Serás constante?
L.— Me ofende
esa sospecha, Rodrigo.
R.—¿Olvidas que mi enemigo
Juan de Obregón te pretende?
L.—¿Qué importa, si en mí no halló
sino desprecio y desvío?
R.—Mas tu padre....
L.— En mi albedrío

nadie manda, sólo yo.
(*Ruido por la izquierda*).
¡Escucha!
R.— No temas nada:
vigila en la calle Nuño,
y aun tiene muy fuerte el puño
y muy ligera la espada.
L.—¡Si te han visto!
R.— Solamente
Elvira sabe....
L.— ¡Mi hermana!
R.—Y callará, cosa es llana,
siendo ella tu confidente.
L.—¿Qué dices? Todo lo ignora.
¡Si yo de nadie me fío!
R.—Me lo aseguró.
L.— ¡Dios mío!
(¡Oh qué sospecha traidora!)
Tiemblo, Rodrigo, por tí.
Oye....en la calle ese ruido....
(*Ruido de espadas por la izquierda*).
R.—¡Nuño! ¿Le habrán sorprendido?
L.—Suenan voces por allí...(*por la derecha*)
¡Vienen! ay! vete, por Dios.
R.—¿Sin estrecharte en mis brazos?
Cuesta arrancarse á unos lazos
tan dulces.
L.— Adiós.
(*Vase, 1er. término*).
R.— Adiós

ESCENA IX.

Rodrigo.

Va á salir y encuentra cerrado el postigo-

Han cerrado. ¡Maldición!
¡Nuño! Nuño! (*llamando*) Era verdad.
Le asaltaron....¡Oh ruindad
de la cobarde traición!
Si escalar pudiera el muro....
Imposible....es imposible.
¡Cogido en un lazo horrible!
¡Destino implacable y duro!
Y se acercan....y ya siento
las pisadas (*trata de forzar el postigo*) Es en vano.
¡Oh! yo sabré espada en mano
burlar tan infame intento.
Pero ¿cómo defenderme
si comprómeto á Leonor?
Por ella, sí, por su honor
¡oh vergüenza! he de esconderme.

(*Se pone el antifaz, se emboza y se oculta detrás del cenador. Voces dentro, por la derecha:* "sí, sí, vamos al jardín, sigamos á D. Juan")

ESCENA X.

Obregón, Salazar, D. Lope, señoras, caballeros. Los dos primeros hablan aparte.

S.—Erramos el golpe.
O.— Sí:
desparecieron los dos.
S.—¿De veras los visteis vos?

O.—Con Elvira estaba allí,
y ¡qué escándalo! abrazados!
S.—No era vano mi recelo.
O.—El pájaro emprendió el vuelo.
S.—No es posible: mis soldados
guardan la calle.
O.— Ojalá
tomándole por ladrón
le diesen muerte.
S.— Esas son
mis órdenes.
O.— Allí está (*señalando al foro*)

ESCENA XI.

Dichos. D. Rodrigo.

MUSICA

Señoras.—¡Ay! socorro!
Caballeros— ¿Qué sucede?
Señ.—Hay un hombre.
Cab.— ¿Dónde?
Señ.— Allí.
(*Aparece D. Rodrigo embozado y con la espada en la mano*).

Todos.—Hay un hombre en el jardín,
no sabemos quien será;
pues se oculta, no vendrá
de seguro con buen fin.
Misteriosa es su intención
y su aspecto singular;
si es acaso algún ladrón,
de aquí vivo no saldrá.

Se dispone á resistir
con marcial intrepidez:
ataquémosle á la vez
y la espada ha de rendir.

ESCENA XII.

Dichos. Leonor y Elvira por la 1a. puerta.

= MUSICA =

L.—(Es Rodrigo ¡cielo santo!)
mala hermana, le has vendido.
(*á Elvira*)
E.—¿Yo, Leonor?
L.— Tú le has perdido.
E.—¡Yo capaz de tal traición!
D. Lope.—¿Quién sois? Pronto! descubríos.
Obr.—Hablad presto.
D. L.— ¡Vive Dios!
Leonor.—¡Cielo santo!
D. L.— Si no, os mato.
Elvira.—¡Oh! que horrible situación!
D. L.—Entre todos hay acaso
quien le conozca?
Todos.— No, no.
D. L.—Pues muera.
Todos.— ¡Muera!
Leonor.— ¡No!
Elvira.— ¡Paso!
(*Se coloca al lado de D. Rodrigo*)
Yo le defiendo.
D. L.— ¡Tú!
Elvira.— Yo.
D. L.—¡Desdichada!

Elvira.—(*ap. á D. Lope*) Yo le adoro:
es mi amante.
D. L.— No, imposible.
No! tú mientes.
Elvira.— Es mi amante.
D. L.—¿Así manchas tu decoro?
Elvira.—Es el hombre que amo tanto
que por el daré mil vidas:
esas armas homicidas
no logran causarme espanto.
(*D. Lope quiere lanzarse sobre ella, pero los caballeros le sujetan*).
D. Lope.—Hija ingrata, que mancillas
mi vejez con tu locura,
en tu sangre vil, impura,
mi deshonra lavaré.
Leonor.—Madre mía, que en el cielo
adivinas mi tortura,
haz que Dios salve á Rodrigo
de esta horrible desventura.
Rod.—El destino dura prueba me prepara
y del cielo nada tengo que esperar;
y pues Dios al peligro me abandona,
en mi espada solamente he de confiar
Leonor.—(Huye, Rodrigo, por Dios).
Elvira.—Huid.
D. L.— Muera.
Todos.--- Muera.
Elvira.--- ¡No!
(*Los caballeros, espada en mano tratan de impedir la salida de D Rodrigo: Elvira los obliga á abrir paso y hace salir á D. Rodrigo, por la 2ª. puerta, que ella cubre con su cuerpo*).

TELON.

ACTO II

Antesala en casa de don Rodrigo. Muebles sencillos. En el foro, puerta con cortinas y zaguán á la calle. Puertas laterales: la de la derecha, al despacho del Gobernador; la de la izquierda, á las habitaciones. Una panoplia en la pared del foro. Es de día.

ESCENA I.

COSTURERAS vestidas con falda redonda y chambra con lentejuelas. JUANA vigilando la costura. NUÑO limpiando unas armas.

= MUSICA =

Juana —La labor para esta noche
hemos, niñas, de concluir;
mientras falte un solo broche
no podéis de aquí salir.
Coro---Aquí Juana con misterio
nos encierra á trabajar,
y como es asunto serio,
no es posible descansar.
Así siempre hemos vivido
trabajando sin cesar.
¡Quién pudiera con marido
buena vida disfrutar!

Juana ---¿Qué habéis dicho?
¡Oh atrocidad!
Pensar en esos (*señalando á Nuño*)
horror me da.
Nuño.---Miren la taimada
como nos detesta
sólo porque nadie
se atrevió con ella.
J.---En los hombres no penséis,
que son malos con exceso.
Coro---Vamos, Juana ¿cómo es eso?
La ilusión no nos quitéis.
N.---Si no fuera un esperpento
no odiaría el matrimonio.
J.---Escudero del demonio,
si no callas te reviento.
N.---Si ya no puedes con ese cuerpo:
si eres un puro costal de huesos.
Coro—Haya, señores, paz, y siga Juana el cuento.
Decías que los hombres son malos en extremo
J.---Para probaros cómo son ellos
quiero contaros varios sucesos.
Coro---Ese relato tan particular
talvez de juicio nos hará cambiar.
J.---Era yo cuando muchacha
tan alegre y vivaracha,
que en las fiestas y paseos
me sobraban chichisbeos;
y más de uno muy osado,
con palabras amorosas,
pretendió desvergozado....
Coro---¿Qué?
J.--- ¡Ay! qué curiosas!

mas no bien observé
su perversa intención,
la nariz le aplasté
de un feroz mojicón.
Coro.—Mas no bien observó etc.
J.—Una vez á enamorarme
vino un viejo setentón;
yo, mirando su pasión,
le ofrecí con él casarme.
Para hablar conmigo á solas
una cita me pidió;
y ¡qué horror! aquella noche....
Coro.—¿Qué?
J.— ¡Se arrepintió!
Desde entonces juré
de los hombres huir;
pero á vieja llegué
sin poderlo cumplir.
Coro.—Desde entonces juró etc.

MAZURKA.

De esa historia singular
se deduce en conclusión
que los hombres malos son
si los dejan abusar;
mas si sabe la mujer
sus extremos atajar,
á sus pies los ha de ver
y un marido ha de pescar.
¡Qué dulce es dar entera
el alma á un tierno esposo
y el néctar delicioso

de su amor apurar!
¡Sentir á todas horas
en mágico embeleso
en nuestra boca un beso
de amor ¡ay! palpitar.
Es amor el consuelo
que las penas destierra:
en sus goces encierra
la ventura del cielo.

= HABLADO =

Juana —A trabajar, hijas mías:
basta de ruido, no sea
que despierte don Rodrigo
y se incomode de veras.
(*Se ponen á coser*)

Nuño—Nada, la herrumbre no sale.
¡Pobre espada! está más negra
que el alma de los infames
que sin temor ni vergüenza
me dejaron con el amo
abandonado en las selvas.

J.—Desde anteayer que volvió
de lamentarse no cesa.
(*á las costureras*)

Costurera 1ª —¿Conque es cierto que os dejaron?

Cost. 2ª—Cuéntanos, Nuño.

Todas— Sí, cuenta.

N.—Si calláis....

Cost. 1ª— Seremos mudas.

N.—Ojalá siempre lo fuerais

(*Todas rodean á Nuño, que hace el relato con ademanes cómicos y exagerados*).

N.—Llegamos á Talamanca
en una infame goleta
en que iba toda la tropa
como sardinas en prensa;
y apenas desembarcados
dimos comienzo á la guerra
contra los fieros borucas
y los endiablados terrabas.
¡Valgame Dios! y qué ríos!
anchos como mares eran;
y las selvas....
Cost. 1ª— Un poquito
más grandes.
N.— No, más pequeñas.
Cost. 2ª—Hay tigres allí?
N.— Y leones,
y caimanes y culebras
y otros mil bichos que tienen
como vosotras la lengua.
Cost. 3ª—¿Y luego?
N.— Una noche oscura
nuestros soldados desertan
con gran sigilo, llevándose
los víveres y las bestias.
J.—Ingratos, canallas, perros!
lástima que no murieran
ahogados en el Tarire.
N.—La divina Omnipotencia
no lo permitió sin duda
porque no se corrompiera
el agua.
Cost. 2ª—Pero ¿y vosotros?
Cost. 1ª—¡Qué apuro!

Cost. 3ª— ¡Qué acción tan perra!
N.—Por fortuna, á don Rodrigo
quieren tanto los viceitas,
que al vernos abandonados
nos dieron chicha muy buena,
plátanos verdes y yucas,
y nos llevaron acuestas
á Tariaca. ¡Cuántas noches
me pasé de miedo, en vela,
mirando á nuestros salvajes
echados junto á la tienda,
más pintorreados que un mapa
y con plumas en las greñas!
Con unos ojos así,
(*poniendo ojos feroces*)
y unas lanzas y unas flechas
con puntas de este tamaño.
(*abriendo los brazos*)
Cost. 1ª—Como los ríos.
N.— Más pequeñas.
Cost. 2ª—¿Tú has visto alguna batalla?
N.—¿Qué si la he visto? ¡Esa es buena!
Tantos salvajes maté,
que he perdido ya la cuenta;
pero el diablo hace que nunca
los cadáveres parezcan.
(*Llaman dentro*).
J.—¿No habéis oído? Parece
que están llamando á la puerta.
N.—Es verdad.
J.— Vamos adentro:
no conviene que nos vean.
N.—¡Vaya una ama precavida!

J.—Pronto.
N.— Por acá no vuelvan.
(*Vanse las costureras por la izquierda*).

(*ap. á Juana*)
Cuidado ¿eh? ni una palabra:
que esas mujeres no huelan
ni el destino de los trajes
ni la boda.
J.— ¿Soy yo necia?
N.—¿Quién lo duda?
J.— ¡Carcámal!
N.—¡Bruja!
J.— ¡Escuerzo!
N.— ¡Sanguijuela!
(*Vase Juana furiosa. Nuño va á abrir*).

ESCENA II.

Nuño. Fray Ambrosio.

A.—¡Mi buen Nuño!
N.— Bien venido,
padre Ambrosio.
A.— ¿No está en casa
tu señor?
N.— Allí se pasa
(*señalando al despacho*)
más que cansado, abatido.
Voy á avisarle al momento.
A.—Talvez se incomodará.
N.—De veros se alegrará.
Ya vuelvo: tomad asiento.

ESCENA III.

Fray Ambrosio

Aquí jan á un amigo
de don Rodrigo encontré:
esta sala siempre fué
de adulaciones testigo:
que en torno del gran señor
no se oyen voces sinceras,
sino lisonjas rastreras
del que mendiga un favor.
Como el pájaro que viene
á comer en nuestra mano
y apenas devora el grano
huye de quien le mantiene,
así acude la amistad
donde reparten favores,
y luego á los bienhechores
olvida en la adversidad.

ESCENA IV.

Fr. Ambrosio. Don Rodrigo.

Nuño sale detrás de su amo y se va por la izquierda cerrándo la puerta.

R.—¡Padre!
A. — Rodrigo! *se abrazan*) Mi plegaria el cielo
escuchó, pues te vuelve sano y salvo.
¡Cuánto has debido padecer!
R.— No tengo
palabras ni valor para contarlo.
No los azares de la atroz campaña,

ni el fiero resistir del indio bravo,
sino la infamia, la traición y el dolo
mi voluntad de hierro doblegaron.
Arrostré grandes males y reveses
sin temblar, pues soy hombre y soy soldado.
¡Morir! ¿Y qué es morir? Jamás en ello
pensé al hallarme enfrente del contrario;
mas repartir el bien á manos llenas,
caudal, amor, solícitos cuidados,
sin pedir más que un poco de cariño,
y en vez de amigos encontrar ingratos!

A.—Aprende en tu dolor, pobre hijo mío,
que es la vida un perpetuo desengaño
y sólo en el Altísimo se encuentra
la firmeza que falta á los humanos.
Ah! si escucharas mis fervientes ruegos!
La santa religión te abre sus brazos:
deja el mundo poblado de miserias,
de vicios, de infortunios y de engaños:
sirvamos al Señor, y su palabra
llevemos á estos pueblos desgraciados.
¿Hay más alta misión? hay mayor gloria
que morir como Cristo por salvarlos?

R.—(Será advertencia de los cielos?) Padre,
anoche....¡me estremezco al recordarlo!
olvidando el cansancio quise veros.
Me dirijo al convento: no hallo al paso
un alma: frente al Carmen las tinieblas
envolvían la plaza....Llego al atrio
y de pronto el doblar de las campanas
difunde por mis venas el espanto.
Del Carmen lentamente sale un hombre.
—Quién ha muerto? pregunto al embozado

—Don Rodrigo, marqués de Talamanca—
me responde, y prosigue paso á paso.
Mientes, le grito: mientes. Quise asirle,
y cual sombra se escapa de mis manos.
A la puerta del templo me aproximo,
y allí...luces...un negro catafalco...
un cadáver...¡horror! era yo mismo
tendido bajo el fúnebre sudario.

A.—¡Raro suceso!

R.— Fuí á buscar la ronda,
y al volver, ya repuesto de mi pasmo,
quise de nuevo ver.. Nada...en silencio
estaba el templo oscuro y solitario.

A.—Es aviso del cielo.

R.— Padre, Padre,
renunciar quiero al mundo.

A.— ¡Qué oigo! al cabo
llamó á tu pecho la divina gracia.
¡Bendito sea el Señor, que obró el milagro!

R.-No! ¿Qué digo?...Jamás! Leonor me ama.
¡Y lo olvidé! ¡Si soy un insensato!
¡Y en ella no pensé cuando os hablaba
de alejarme del mundo!

A.— ¡Desdichado!

R.—(*con exaltación*)
¿Sabéis lo que es amor? No habéis sentido
jamás dentro del pecho arder el rayo
que enciende la pasión? ¿ese delirio
de dos almas que al roce de los labios
se confunden en una para siempre
y en mutua adoración viven soñando?

A.—No blasfemes, Rodrigo.

R.— Amo la vida

tan sólo por Leonor: el mundo ingrato
bien puede aborrecerme: le desprecio.
La dicha que ambiciono está en los brazos
de esa mujer: ¡que vengan á quitármela!
¡Qué vengan! contra todos yo me basto.
Mañana en el Convento, yo os lo juro,
con ella me uniré, y de vuestra mano
la bendición recibiré.

A.— ¡Deliras!

R.—Nada respetaré: yo soy quien mando.
¿Quieren guerra? pues guerra hasta la muerte:
harto estoy de sufrir á esos villanos.
Que son muchos? Veréis en la contienda
que son muy pocos para un hombre honrado.

ESCENA V.

Dichos. Leonor entra precipitadamente, envuelta en un manto.

R.—¡Leonor!

A.— ¿Qué pasa?

L.— Rodrigo....
padre...por Dios, amparadme.

R.—Tranquilízate.

L.— ¡Ocultadme!

R.—No temas, estás conmigo.

L.—Mi padre todo lo sabe.

R.—¿Tú le confesaste?

L.— No.
Cuando Elvira nos salvó
del lance apurado y grave,
quise decir la verdad
á mi padre; ella se opuso.

"Mejor callar", me repuso:
así tendrás libertad."
R.—¡Alma noble y generosa!
L.—Por mí sufrió resignada
el castigo, y encerrada
ha estado un mes. Mas es cosa
que no me explico, Rodrigo,
por qué mi padre cambió
desde ayer, y se mostró
severo y crüel conmigo.
Ayer dejó libre á Elvira
y á mí salir me prohibió:
esta mañana llegó
á mi aposento, y con ira
me juró que si no daba
mi mano á Juan de Obregón,
mañana sin compasión
en un claustro me encerraba.
A Elvira le supliqué
que te avisara al momento.
R.—No la he visto.
L.— Iba al Convento
á oír misa. Me quedé
con mi padre, y me ordenó
que me encerrase en la sala
á coser....¡Oh! nada iguala
al miedo que sentí yo
cuando en mi cuarto oí un ruido,
y por una celosía
ví que mi padre cogía
tus cartas, que por descuido
dejé en una caja abierta.
No sé que pasó por mí:

sin pensar en nada huí
como loca, medio muerta.
Corrí al Convento á buscaros,
(*á Fray Ambrosio*)
supe que estabais aquí....
¡Aconsejadme, ay de mí!

A.—Sin poner, hija, reparos
á tu imprudencia no escasa,
como amigo y como viejo
te daré sólo un consejo:
vuelve conmigo á tu casa,
pide perdón á tu padre....

L.—¡Oh! nunca! me mataría.

R.—Siendo niño, oí que un día
prometisteis á mi madre
ser vos mi mejor amigo;
y pues así lo probáis,
os ruego que nos unáis
en matrimonio.
(*asiendo la mano á Leonor*)

A.— ¡Rodrigo!

R.—¿Qué os lo impide?

A.— Mi deber:
mientras don Lope se niegue....

R.—¿Conque es inútil que os ruegue?

A.—Rodrigo, no puede ser:
á don Lope voy á hablar;
veré si ablandarle puedo.
Vamos, Leonor.

L.— Tengo miedo.

A.—Aquí no debes estar.
(*Se oyen pasos en el zaguán*).

ESCENA VI.

Dichos. Don Lope.

MUSICA

L.—¡Gran Dios!
R.— ¡Don Lope!
D L.— Sí:
yo soy, que vengo aquí
en busca de mi honor.
R.—Un Arias Maldonado
jamás ha deshonrado
á nadie.
L.— Por favor!
D. L.—¿Negáis que á mi jardín
entrabais con el fin
de veros con Leonor?
R.—Don Lope, no lo niego:
estaba de amor ciego:
por verla os agravé.
D. L.—¿Te atreves á negarlo? (*á Leonor*)
L.—Tan sólo por salvarlo
¡oh padre! lo oculté;
mas ya que él lo declara,
es cierto....
D. L.—¡Ah! cara á cara
mi afrenta vengaré.
R.—Escuchad, don Lope, quiero
á vuestra hija con locura:
cifro en ella mi ventura.
D L.—Basta ya, mal caballero.
A.—¿Más respeto no os merece
un ministro del Señor?
¿No miráis aquí á Leonor?

¿Su dolor no os enternece?
Cesen ya vuestros rencores.
R.—¿Consentís?
D. L.— Antes la muerte.
R.—Yo la adoro.
D. L.— De esa suerte
ocultáis vuestros temores.
Sois un cobarde.
L.— Padre, no más.
A.—Prudencia ten. (*á Rodrigo*)
R.— No, vive Dios. ¡Ah!
morir, Dios santo, es preferible:
¡tan vil ultraje tener que soportar!
ya la sangre en mis arterias arde.
¡y al padre de Leonor no puedo yo matar!
L.—Padre mío, por piedad.
D. L.—De este modo vuestro brillo
despertará. (*Va á azotarle el rostro con el guante; pero don Rodrigo le sujeta la muñeca*).
L.— ¡Oh! Dios mío!
A.—Prudencia.
R.— ¿Qué hacéis?
D. L.— Soltad.

Rodrigo.

Contenga el cielo en mí
la furia y el coraje:
me causa frenesí
sufrir tan vil ultraje.

D. Lope.

Contenga el cielo, sí,
mi furia y mi coraje,
pues siento el frenesí
de cólera salvaje.

Leonor.

Contenga el cielo en él
la furia y el coraje:
me causa pena cruel
mirar tan vil ultraje.

Fr. Ambrosio.

Contenga el cielo en él
la furia y el coraje:
me causa pena cruel
mirar tan vil ultraje.

= HABLADO =

D. L.—¡Así cumple su deber
el señor Gobernador,
robando á un viejo el honor
y la fama á una mujer!
Así cobarde y rastrero,
después que dañar intenta,
escucha humilde la afrenta
sin desnudar el acero!
A.—Don Lope, tened clemencia.
R.—(Se agota mi sufrimiento).
L.—(Dios mío, la muerte siento).
D. L.—Vamos (*á Leonor*)
A.—(Rodrigo, prudencia).
D. L.—Tú no esperes indulgencia: (*á Leonor*)
á verle no volverás.
Tú pronto recibirás (*á Rodrigo*)
el castigo de mi mano,
y aunque yo muera ¡villano!
no será tuya jamás (*vase con Leonor*)

ESCENA VII.

Fray Ambrosio: Rodrigo, profundamente abatido.

F. A.—¿Lo ves ahora? Imposible
es ya, Rodrigo, tu amor.
R.—(*reaccionando*)
¡Imposible! A mi furor
no habrá nada irresistible.
Guerra don Lope desea;
pide sangre y la tendrá.

A.—Reflexiona.
R.— Es tarde ya. (*pausa*)
A.—Vuelves al mundo. Así sea.
Al cielo no diste oído
cuando con claras señales
quiso mostrarte los males
de este mundo fementido:
la religión en tu seno
te ofrecía amor y calma,
cuanto puede ansiar el alma
del desdichado ó del bueno.
Al mundo volver prefieres,
creyendo hallar ¡insensato!
la dicha en el arrebato
del amor y los placeres.
¡Qué ilusorio pensamiento!
en lugar de la ventura
encontrarás la amargura
de un vano arrepentimiento. (*Vase*)

ESCENA VIII.

D. Rodrigo, luego Nuño.

R.—¡El me abandona también!
¡Nuño!
N.— ¿Señor?
(*saliendo por la izquierda*)
R.— Cerrarás
la puerta y avisarás
si alguno viene.
N.— Está bien. (*Se va por el foro y luego vuelve*). (*Don Rodrigo entra en su despacho y cierra*).

ESCENA IX.

Nuño.

Algo muy serio le pasa.
Está triste...¿qué será?
Mas ya caigo...¡Claro está!
Como mañana se casa,
y el nudo del matrimonio
es negocio peliagudo....
como ese bendito nudo
es invención del demonio,
que huele á cuerno quemado
y...vamos, por eso yo,
aunque atraparme intentó
más de una, no me he casado.
Como buey suelto me lamo:
de mis acciones soy dueño;
sólo me quitan el sueño
las aventuras del amo
y su maldecido amor
que buenos palos me cuesta.
Dígalo, si no, la fiesta
que aun recuerdo con dolor,
(*llevándose la mano á la espalda*)
cuando cien enmascarados
se arrojaron sobre mí,
y en un segundo me ví
con manos y pies atados,
sin poderme resistir
y ni siquiera gritar....
¡Ay! y lo triste es pensar
que esto se ha de repetir,

pues sigo siendo el correo,
el tercero, el confidente,
eso....que llama la gente
con otro nombre muy feo.
¿Hay carta para Leonar?
envuelvo en cera el billete,
y de mañana, á las siete,
me acerco al jardín traidor;
con un silbido prevengo
á la dama: allí está sola;
por la tapia echo la bola
y por donde fuí me vengo.
El diablo hará al fin que tope
con otra ronda maldita,
ó que al tirar la bolita
le saque un ojo á don Lope.
¿Qué será entonces, Dios mío,
de mí? ¿Quién me salvará?
¿Y quién impedir podrá
que salga ese viejo impío
con espada ó con garrote,
que para el caso es lo mismo,
y que me rompa el bautismo
ó me divida el cogote?

(*Llaman dentro*).

¿Llamaron?...Es él, no hay duda.
Sí, lo mejor es no abrir.
¡Se le ocurriera salir
á don Rodrigo en mi ayuda!
Si el viejo cogió la bola
de esta mañana....¡Otra vez!

(*Vuelven á llamar*)

Estoy temblando....Pardiez,

yo no voy sin la pistola. (*Descuelga una de la panoplia y mete la cabeza entre las cortinas*).

Quién? (*gritando*) No responde Quién llama? (*escuchando*) Está bien, voy á anunciaros.

¡Señor! (*llamando al despacho*)

R.—(*dentro*) ¿Qué hay?

N.— Quiero hablaros.

ESCENA X.

D. Rodrigo. Nuño.

R.—¿Qué ocurre, Nuño?

N.— Una dama
sin dar su nombre, desea
hablar al Gobernador.

R.—Qué pase. (¿Será Leonor?)

(*Nuño se va por el foro*).

ESCENA XI.

Dichos. Elvira, envuelta en un manto.

R.—(*á Nuño*) Cuida que nadie nos vea.
Tomad asiento, señora.

N.—(¡Otro nuevo trapicheo!
¡Qué ojos! Y el talle no es feo.
¿Quién será esta pecadora?)

(*Se va por la izquierda, mirando hacia atrás con disimulo, y tropieza en la pared. Al cerrar la puerta saca la cabeza, pero la retira al verse sorprendido por su amo*).

ESCENA XII.

Rodrigo, Elvira, descubriéndose.

R.—¡Cómo, Elvira! ¿Vos aquí?
E.—Apenas por un momento:
vengo ahora del Convento,
y de paso me atreví
á preveniros....
R.— Ya sé.
Leonor estuvo hace poco....
E.—¡En esta casa! ¿estáis loco?
R.—Sin duda no sabéis que
cuando salisteis á misa,
vuestro padre sorprendió
mis cartas; Leonor le vió
y se escapó á toda prisa.
Don Lope vino á buscarla:
hubo una escena violenta....
amenazas....y una afrenta....
¡oh! no puedo recordarla!
E.—¿En vuestra conversación
no os dijo acaso mi hermana
que ya no podéis mañana
verificar vuestra unión?
R.—Preciso es que se retarde
unos días el proyecto.
¿Dudáis que lo lleve a efecto?
E.—Mañana será muy tarde.
R.—¿Qué decís?
E.— En el navío
que va á partir para España,
se va Leonor: la acompaña
don Luis Machado, su tío.

Casar con don Juan no quiere,
y mañana partirá.
R.—Eso, Elvira, no será
En tanto que yo viviere.
Don Lope va á presidir
hoy el Cabildo.
E.— Es verdad.
R.—Tengo una llave, mirad.
El postigo puedo abrir.
E.—¿Qué es lo que intentáis?
R.— Hoy mismo
Leonor ha de ser mi esposa.
E.—Es empresa peligrosa:
vais, don Rodrigo, á un abismo.
R.—Iré dentro de un instante,
á las tres.
E.— Se lo diré.
R.—¿Cómo, Elvira, os pagaré
servicio tan importante?
E.—Amando mucho á Leonor:
bien lo merece ¡es tan buena!
Adiós. (Me ahoga la pena:
me va faltando el valor).
Adiós.
R.— ¿Os vais?
E.— A un convento.
R.—¡Elvira!
E.—A España quiero irme.
R.—Ese propósito....
E.— Es firme:
nada estorbará mi intento.
¿Tengo acaso una ilusión
que me haga dulce la vida?

¿Quién sentirá mi partida?
¿En qué amante corazón
tendrá un lugar mi recuerdo?
R.—Sois muy joven.
E.— ¿Y eso qué?
R.—¿Qué os obliga?
E.— No lo sé.
R.—Loco empeño.
E.— No, es muy cuerdo.
Por el honor de mi hermana
perdí el mío, don Rodrigo:
hoy no tengo ni un amigo,
y con intención villana
refieren en la ciudad
mis citas en el jardín
con un hombre.
R.— Sabrá al fin
todo el mundo la verdad.
Mas no, no es ese el motivo
que á profesar os obliga.
E.—¡Ah! no esperéis que os lo diga.
R.—Tal reserva no concibo.
E.—No me preguntéis, por Dios,
el porqué. (¡Dolor horrible!)
Oye, Rodrigo....(Imposible....
no puedo...) Rodrigo...adiós! (*vase*)

ESCENA XIII.

Rodrigo, pensativo.

¡Pobre niña bella y pura!
También tiene ella su cruz,
y no halla un rayo de luz

que mitigue su amargura.
Pero esa extraña actitud....
Aparta, ruin pensamiento.
¿Quién se atreve ni un momento
á dudar de su virtud?

ESCENA XIV.

Rodrigo, Obregón.

R.—¡Vos, Obregón!
O.— Por encargo
de don Lope vengo aquí.
R.—¿Venís en su nombre?
O.— Sí:
os hace muy grave cargo.
R.—¿Y qué pretende en descargo?
O.—Medir con vos el acero
como cumple á un caballero:
á las ocho le hallaréis
junto al Carmen, mas iréis
sin amigos ni escudero.
R.—Llegó por fin la ocasión
que tanto tiempo deseara,
de encontrarme cara á cara
contigo, Juan de Obregón.
Rebose la indignación
que ha tiempo en mis venas arde:
aunque haces de audacia alarde
no es tu valor suficiente
para reñir frente á frente
conmigo á solas, cobarde.
En nombre de un pobre anciano

vienes á retarme, sí,
sin comprender que es á tí
á quien odio por villano:
tú, desleal, á quien mi mano
va implacable á castigar,
tú sabes sólo dañar
con la lengua, cual mujer,
y ante el peligro ceder,
y ante una espada callar.

O.—¡Oh! me insultáis porque vengo
sin armas.

R.— aquí no faltan.
No soy yo de los que asaltan
á traición, nl así me vengo,
ni de ventajas me valgo,
ni tiendo á nadie emboscada.
Toma, recoge esa espada:
(*Descuelga una de la panoplia y él toma otra.*)
vamos fuera.

ESCENA XV

Dichos. Salazar.

S.— Como un galgo
corro tras de vos, don Juan:
el Cabildo está reunido
y os reclama: se han leído
pliegos del Rey, y serán
de gravedad extremada
pues la reunión es secreta:
la población toda inquieta
está en la plaza apiñada.

R.—¿Y para mí no ha llegado

ningún pliego?
S.— No lo sé.
¿No vais al Cabildo?
R.— ¿A qué,
si no he sido convocado?
O.—(Si os parece, don Rodrigo,
en la calle de Belén
antes de las siete).
R.— (Bien:
allí estaré.)
O.— Ven conmigo. [*á Salazar*]
(De aquí ví salir, Fernando,
una mujer).
S.— (La ví entrar].
O.—(Sabéis....)
S.— (Todo: os va á asombrar
lo que os diré caminando). [*vanse*]

ESCENA XIV.

Rodrigo.

¡Venganza! ¡Amor! En un día
ya resuelto mi destino:
ya sin sombras el camino:
¡guerra abierta! qué alegría!
Así se ha de combatir,
á la luz y frente á frente,
mas no como la serpiente
que se esconde para herir.
[*Se oyen tres campanadas*]
Vamos, me espera Leonor
en su prisión: vamos ya.
mañana Cartago oirá

hablar del Gobernador.

(*Vase por la izquierda*)

ESCENA XVII.

MUTACION.—Calle—A la izquierda una callejuela en la cual se ve el postigo del jardín de D. Lope. En el foro cercas de piedra.—A la derecha, 1er. término, una bocacalle.

RONDA DE ALGUACILES.

= MUSICA =

Con muchísimo cuidado
ha mandado vigilar
la morada de don Lope
el teniente Salazar.
No debemos ni un momento
este sitio abandonar,
pues el jefe es muy violento
y nos puede castigar.
El cumplir con lo ordenado
es cumplir nuestro deber;
estaremos con cuidado
por si hay algo que temer.
Y si alguna buena pieza
conseguimos atrapar,
la metemos de cabeza
en la cárcel del lugar.
Muchas caras sospechosas
hemos visto en la ciudad,
y reuniones misteriosas
por toda esta vecindad.

Del pirata triunfaremos,
pues tenemos gran valor,
y á la mar arrojaremos
al infame usurpador;
y al hundirse entre las olas
el corsario aprenderá
que á las armas españolas
nadie en vano insultará.
Si el pirata en Costa Rica
el pie logra al fin poner,
en la punta de una pica
su cabeza hemos de ver.

ESCENA XVIII.

Dichos, Nuño, por la derecha.

=MUSICA=

N.—(¡Pardíez, qué contratiempo!
Ahora no sé que hacer.
¿Cómo alejarlos de aquí?
¡Gallegos de Lucifer!)
(Tengo una idea luminosa,
un magnífico remedio:
Veré si por este medio
sale mi empresa airosa).
Coro.-¿Qué hay, amigo Nuño?
N.—¿Vosotros por aquí?
Coro.-Estamos vigilando.
N.—¿Quién manda hacerlo así?
Coro.-El jefe lo dispone.
N.—¿Cuál jefe? Salazar?
Coro.-El mismo lo ha ordenado.

N.—Venid acá á escuchar.
Mandó el Gobernador
llamaros sin tardar:
se trata de evitar
un crimen que da horror.
Filibusteros y traidores (*con misterio*)
la dominación pretenden usurpar;
y están reunidos, descuidados,
á un paso de aquí, detrás de la ciudad.
Coro.—De pensarlo solamente
nos ponemos á temblar,
aunque somos hoy la gente
más valiente del lugar.
N.—Debéis ir al momento,
debéis ir sin tardar;
si no, gran incremento
la cosa va á tomar.
Tratad todos los presos
con mucha precaución,
pues temo que esos diablos
os den un sofocón.
Coro.—Los hemos de tratar
con mucha precaución:
ninguno ha de escapar
de la horca ó la prisión.
N.—Se asegura que han entrado ya
disfrazados en la población
los piratas, y esta noche harán
de seguro la revolución.
Dos mil filibusteros
ingleses antipáticos,
con fines enigmáticos
nos quieren conquistar:

allá junto á los Angeles,
en una cueva hondísima
se juntan sus satélites
de tarde á conspirar.
Si vais ahora mismo
en busca de esos vándalos,
evitaréis escándalos
que caro han de costar:
se trata nada menos, (*con misterio*)
con intención dañina,
de hacernos con arsénico,
señores, reventar.

Coro.-Nuño, eso es imposible.

N.—Os juro yo que es verdad.

Coro.-El estrago será horrible.

N.—Es una barbaridad.
Se asegura que tienen cañones
de un alcance tan fenomenal,
que bien se oyen las detonaciones
de Cartago hasta el Puriscal.
Intentan esos pícaros,
herejes y diabólicos,
á todos los católicos
mañana exterminar,
empleando los narcóticos
y pócimas pestíferas:
con armas tan mortíferas
ninguno ha de escapar.
Harán estrago horrible
también con sus cañones,
y muertos á montones
las calles llenarán:
después á los cadáveres

mefíticos y pútridos,
los bárbaros frenéticos
la barba arrancarán.
Coro.—Siendo así tan peligrosos
no debemos vacilar
en prender los revoltosos
que nos quieren traicionar.
(*Vase la ronda por la callejuela de la izquierda*)

ESCENA XIX.

Nuño, D. Rodrigo, embozado: luego Leonor.

R.—¿La calle está libre?
N.— Sí:
no hay un gallego siquiera.
R.—Toma la llave.
N.— (Dios quiera
que no salga por ahí
don Lope ú otro animal,
y se repita la escena....
(*Se oyen dos golpecitos en el postigo*)
Señor, señor, algo suena.
R.—Abre, necio, es la señal:
Leonor está prevenida. (*Nuño abre con recelo y se retira al lado de su amo.*
N.—Alguien sale.
R.— Calla: es ella.
(*Sale Leonor cubierta*)
L.—¡Rodrigo!
R.— ¡Leonor! Mi estrella
no está aún oscurecida.
Vamos pronto.
L.— Estoy temblando.

R.—Una vez en el Convento
no hay peligro.
(*Van hacia la calle de la derecha*)
N.— Rumor siento
hacia acá....se va acercando....
R.—Es el Cabildo que viene
para esta casa.
L.— ¡Ay de mí!
R.—Volvámonos por ahí.
(*señalando la callejuela*)
N.—Es lo mejor....¡Santa Irene!
¡mirad!

ESCENA XX.

Dichos, Salazar y soldados que cierran la entrada de la callejuela.

L.—¡Oh Dios!
R.— ¡Salazar!
No importa: vamos, Leonor.
¿No soy yo el Gobernador?
(*Van á pasar, pero Salazar los detiene*).
L.—¡Ah!
S.—No se puede pasar.
R.—¿No me conoces, teniente?
(*desembozándose*)
S.—Perdonad, pero....
R.— ¡Fernando!
S.—Es imposible.
R.— ¡Insolente!
¿Y vosotros no sabéis (*á los soldados*)
que soy vuestro jefe yo?

Si acaso se os olvidó,
á palos lo aprenderéis.
(*arrebata la lanza á un soldado*)
S.—Respetad, señor, la ley:
es una orden superior.
R:—Por tí empezaré, traidor.

ESCENA XXI.

Dichos, don Lope, Obregón, caballeros, alguaciles, pueblo. Luego Elvira por el postigo.

O.—Ténganse, en nombre del Rey.
D. L.-¡Villano! (*á Rod.*) ¡Infame! (*á Leonor*)
R.— ¿Qué es ésto?
L.—¡Yo muero!
O.— Lo sabréis presto.

(*Hace una señal, redobla un tambor y un pregonero lee un bando*).

= MUSICA =

Pregonero (leyendo). "Por cuanto está vacante el puesto de Gobernador y Capitán General de esa mi provincia de Costa Rica, ocupado interinamente por don Rodrigo Arias Maldonado, elijo y nombro en propiedad á don Juan de Obregón. Yo, el Rey".

Rod.-¿De qué me vale oh Dios! haber servido
á nuestro Rey, cumpliendo mi deber,
si despojado estoy y escarnecido
ante los ojos de esa mujer?
Leonor-¿De qué me sirve ¡oh Dios! haber sufrido
la adversidad con tal resignación,

si mancillado está y escarnecido
ya para siempre mi limpio honor?
Coro—Mudo ha quedado de la sorpresa,
profunda pena muestra su faz;
no cabe duda de su quebranto,
pues en sus ojos se ve el pesar.
D. L.—Señor Gobernador (*á Obregón*)
espero que justicia
haréis, señor, al punto,
prendiendo al vil raptor.
O.—¡Prendedle!
S.— Vuestra espada.
R.—A tí jamás, villano:
la mancharía tu mano
tan sólo con tocarla.
¡Dar mi espada á un pérfido traidor!
Dar mi acero! No intentes, no, tocarlo:
¡oh! antes moriré: que al entregarlo
me siento envilecido y sin honor.
¡Oh! si queréis la sangre
que por mis venas corre,
venid luego por ella,
que toda os la daré;
mas juro por mi nombre
que si queréis mi espada,
tan sólo en mil pedazos
así [*la rompe*] la entregaré.
O.—Dadle muerte.
Coro— ¡Muera, muera!
R.—Hiere, cobarde.
O.— Sea. [*saca una pistola*]
L.— ¡No!
(*Leonor durante la escena ha dado mues-*

tras de desvarío; y al decir "¡no!", de verdadera locura.

Tú no has de ir á la cita:
sabes bien que sufro yo.
Nuestras almas se unieron
en un beso de amor,
y de entonces vivieron
para amarse las dos.
Ven, Rodrigo (*á Nuño*)
R.— ¡Cielo Santo!
L.—Tú me quieres ¿no es verdad?
sólo tú tienes piedad
de mis penas y mi llanto.
Cantarán nuestros amores
en concierto tiernas aves:
nos darán sus trinos suaves
los parleros ruiseñores.
Nos aguarda ya el convento
con mil flores adornado,
y el hermoso firmamento
de luceros tachonado,
En retiro delicioso
viviremos sin dolores,
y yo al lado de mi esposo
gozaré de mis amores.
Coro.—Hace á todos llorar
con su alegre canción,
con su inmenso pesar
y su ardiente pasión.
Ob.—Llevadle preso. (*por Rodrigo*)
E.— Piedad.
R.—Dejadme, es el alma mía.

L.—¿Quién es?
Ob.— Llevadle.
R.— Algún día
pagaréis vuestra maldad

(*Se llevan á D. Rodrigo. Elvira se abraza llorando á su hermana. D. Lope y Obregón se acercan solícitos á Leonor*).

CAE EL TELON.

ACTO III

Plazoleta.—En el fondo la capilla del Convento de Franciscanos y muro del mismo con una puerta.—Hacia la derecha una cruz de piedra. Calles laterales.—Montañas en perspectiva.—Es de tarde.

ESCENA I.

(Coro interior de frailes. Gente del pueblo sale por ambos lados y entra en la capilla. Después Leonor, de luto, sale por la derecha y se detiene delante de la cruz.

= MUSICA =

CORO INTERIOR.—Qui habitat in adjutorio Altissimi: in protectione Dei cœli conmorábitor. Dicet Domino: susceptor meus es tu et refugium meum Deus meus sperabo in eum.

Leonor–Señor, en tu santo templo
busco afligida un asilo:
acoge á esta pecadora
en tu seno bendecido.
Ese canto religioso
que se eleva hasta los cielos,
llevará en sus puras alas
mi plegaria y mis lamentos.

¡Qué triste vida la que me espera!
¡Oh! cuán oscuro mi porvenir!
Sola y sin madre ya no me queda
otro consuelo que el de morir.
Mi mano hoy mismo ¡suerte funesta!
al que no amo debo entregar;
y aunque así labro mi desventura,
no tengo fuerzas para luchar.
Si me amenaza mi padre ingrato
y así lo ordena ¿qué debo hacer?
¡Ay! yo te imploro, Virgen María,
Tú cariñosa me has de acoger.
Tú sola escuchas mi triste ruego,
piadosa Virgen, sol de bondad:
por los tormentos que padeciste,
¡oh Madre! ampárame en mi orfandad.
Las fuerzas me faltan....
¡oh angustía! yo muero....
se nubla mi vista....
se apaga mi aliento....
¡Qué oscuro está todo!
¡Me siento morir!
El cielo me olvida....
¡piedad! ay de mí!
(*Se sienta desfallecida al pie de la cruz*)

ESCENA II.

Fray Ambrosio, por la puerta del Convento, sin ver á Leonor.

= HABLADO =

A.—Dentro de poco vendrá
resignada al sacrificio,

á dar su mano á don Juan
de Obregón. ¡Es su destino!
Y el duro, el eterno lazo
he de bendecir yo mismo!
Duro, sí, mas Dios lo quiere:
El lo dispone: es preciso.
Soldado de nuestra causa
será muy pronto Rodrigo,
y se cumplirán los votos
que al morir su madre hizo,
cuando poniendo las manos
en la cabeza del hijo,
le obligó á que de rodillas
ante el santo crucifijo
jurara entrar en el claustro
como siervo del Altísimo.
Ya olvidó su juramento:
envuelto en el torbellino
del mundo, desatentado
va rodando hacia el abismo,
sin que una mano piadosa
le detenga en su camino.
Mas no: yo le detendré,
matando ese amor impío
que le pierde: Leonor pronto
será de otro hombre, y Rodrigo
al ver muerta su esperanza,
irá á buscar un asilo
al Convento. Así será:
Dios lo dispone: es preciso.
(*Se dirige á la capilla y repara en Leonor*).
¡Una mujer desmayada!
¡Tú Leonor, pobre hija mía!

en este sitio! (*la levanta*)
L.— Venía
á hablaros.
A.— (Esa mirada....)
¿Qué tienes? tu mano abrasa.
L.—Padre, esta noche...¡qué horror!
esa boda...no!
A.— Leonor,
vuelve al instante á tu casa
y calmado ese arrebato,
como hija sumisa y buena
debes hacer lo que ordena
tu padre.
L.—¡Si es un ingrato!
Hoy mismo quiere casarme
no sé con quién...con un hombre
á quien detesto...Su nombre...
en vano quiero acordarme.
Esta horrible confusión
me mata: siento, Dios mío,
el pensamiento vacío
y vacío el corazón.
¿Sabéis? muy enferma estuve;
mas ya mi salud mejora:
tan sólo me queda ahora
aquí dentro espesa nube
(*oprimiéndose la frente*)
en cuyos vapores creo
ver una forma indecisa,
dulce como una sonrisa,
ardiente como un deseo.
Y siento que algo me falta,
que el corazón me robaron

y en su lugar me dejaron
esta inquietud que me asalta:
y en las tinieblas perdida,
me figuro en mis temores
que han sembrado de dolores
el camino de mi vida.
¿Sabéis, padre, donde está
la ventura que perdí,
la pasión que yo sentí
y ya nunca volverá?
El hombre á quien yo tenía
tanto amor ¿por qué se esconde?
¿Adónde se ha ido, adónde,
llevándose el alma mía?
A.—¡Si yo mismo no lo sé!
Unos dicen que Rodrigo
para eludir el castigo
de su delito, se fué
para España; otros....
L.— ¡No, no!
Callad. Mentira! No ha muerto.
¿Verdad, padre, que no es cierto?
A.—Por ventura lo sé yo?
Sólo afirmo que no está
encerrado en la prisión.
L.—No me engaña el corazón.
¡Ay! ya nunca volverá.
A.—El cielo, pobre Leonor,
así las cosas dispone,
y por mi boca se opone
á vuestro insensato amor.
A lo que manda tu padre
debes, hija, someterte.

L.—¿Vos lo ordenáis?
A.— Es tu suerte:
aunque tu pecho taladre
tan dura resolución,
es preciso: Dios lo quiere.
L.—¡Imposible! Dios no hiere
tan cruelmente un corazón.
A.—¿A la voluntad divina
niegas así la obediencia?
L.—Un Dios que es todo clemencia,
padre Ambrosio, no asesina.
A.—Calla, insensata y blasfema:
en el fuego del infierno....
(*en ademán de maldecir*).
L.—¡No, no ¡perdón! Dios eterno,
que tu voluntad suprema
se cumpla en mí. (*pausa*)
A.— Sí, Leonor.
vamos ya, pobre hija mía.
L.—Vamos, padre: en mi agonía
ayudadme.
A.— Ten valor.
(*Vanse por la derecha*).

ESCENA III.

Sale gente de la capilla y se va en distintas direcciones. Elvira, Juana, saliendo del templo,

J.—Desde que el amo se fué
sin amparo me encontré
y en la miseria me ví;
sin vuestro auxilio no sé
que hubiera sido de mí.

Las veces de Providencia
habéis hecho en mis desgracias,
remediando mi indigencia:
gracias, señora, mil gracias
por vuestra benevolencia.

E.—¿Y Nuño?

J.— Está allí: un amigo
(*señalando el Convento*)
ha sido su protector.
¡Si nos viera don Rodrigo,
mendigando pan y abrigo!

E.—Dime, Juana, por favor,
¿sabes algo de él?

J.— ¿Yo? nada:
fuí á verle al siguiente día
de su prisión, y asombrada
supe que, aunque bien guardada,
la celda estaba vacía.
Si huyó fuera del país,
si se oculta, no lo sé.

E.—Todos cuentan que se fué
para España.

J.— ¿Qué decís?
¡Quiera el cielo que allá esté!
Yo creo que le mataron
y en secreto le enterraron....

E —¡Oh! calla

J.— Pues de otra suerte
se vengara con la muerte
de aquellos que le agraviaron.

E.—No te apures, pobre Juana;
Yo averiguaré....Mañana
te aguardo á esta hora aquí. (*pausa*)

J.—Dicen que en esta semana
os vais á un convento.
E.— Sí.
La enfermedad de Leonor
ha aplazado mi partida;
mas ya se encuentra mejor.
Me iré y no tendré el dolor
de verla por siempre unida
con un hombre que aborrece.
J.—¿Se casa?
E.— Dentro de una hora.
Adiós, pues.
J.— Mi bienhechora.... (*le besa la mano*). (*Juana se dirige á la puerta del convento y Elvira á la derecha*).

ESCENA IV.

Dichos. Salazar.

S.—(Al fin la hallé: mas parece
que no me ha visto). Señora....
E.—¿Qué queréis? (*con altivez*)
S.— Que por piedad
me escuchéis: tengo que hablaros.
J.—(Es necesario saber
lo que pretende este pájaro).
(*Se oculta en la puerta*)
E.—No es posible: tengo prisa.
S.—¡Por compasión! Me han contado
que os vais á España.
E.— Es verdad.
S.—Elvira, yo nada valgo,
nada tengo, nada soy,

y para venir á hablaros
sólo me asiste el derecho
que tienen los desgraciados
para pedir el favor
de que les tiendan la mano.
Si por ventura os ofende
lo que os dijere, olvidadlo:
que la clemencia es virtud
de corazones hidalgos.
Al verme volvéis la cara:
mi saludo os causa enfado:
si me acerco, huis de mí,
y me desdeñáis si os hablo.
¿Cuál es mi crimen, Elvira?
¿En qué os he ofendido tanto
para recibir de vos
ese riguroso trato?
No es posible que me odiéis
con tal saña porque os amo:
que el cariño se agradece
aunque venga de un esclavo.

E.—¡Basta!

E.— Apenas una súplica:
no entréis ahora en el claustro:
pensadlo bien: vos sois buena...
concededme cualquier plazo:
quizá entonces más humana....

E.—Aunque esperarais un año,
un siglo, mis sentimientos
no cambiarían, Fernando.
Para ganaros mi afecto
¿Qué habéis hecho?

S.— Sólo amaros.

E.—Causar con bajas intrigas
tan irreparables daños,
que con todas vuestras lágrimas
no podréis jamás borrarlos:
vender al jefe, al amigo,
engañarle indigno y falso,
devolverle mal por bien,
sobornar á sus soldados
y atentar contra su vida,
tendiéndole infames lazos.
¿Así obligarme creísteis?
¿Tan poco pensáis que valgo
para dar mi mano á un hombre
que lleva, cual vos, Fernando,
la infamia en el corazónn?
y la perfidia en los labios?
Juana—(Muy bien dicho: vale un mundo
esta muchacha).
S.— Humillado
por vos con tanta injusticia,
mi inocencia he de probaros.
Es cierto que á don Rodrigo
como á nadie he detestado,
que me uní á sus enemigos,
que le causé inmenso daño:
pero fue por el amor
que os tengo.
E.— ¡Qué amor tan raro!
(*con ironía*)
S.—Me dijeron que os amaba,
y los celos me cegaron;
pero ya que los sucesos
me han sacado de mi engaño,

estoy pronto á reparar
los perjuicios que he causado.
E.—Es tarde ya.
S.— No, aun es tiempo,
pues tan sólo confinado
está el marqués....
J.— (¡Qué es lo que oigo!)
E.—¡Vive!....¿Es verdad? (*con ansiedad*)
S.— Sano y salvo
se encuentra en Nicoya.
J.— (¡Cielos!
A Nuño voy á contárselo). (*entra*)
E.—No se ha consumado el crimen!
Aun es tiempo de evitarlo.
A decírselo á Leonor
voy corriendo. Vos, Fernando,
me ayudaréis á impedir
esa boda.
S.— No, es en vano.
E.—Vamos pronto.
S.— No, escuchad,
mirad....(Soy un mentecato,
y todo lo he descubierto.
Es preciso remediarlo).
¿Y de veras lo creisteis?
(*con ironía y despecho fingidos*)
¡Si lo dije por probaros
y confirmar mis sospechas
de que amáis á Maldonado!
E.—¡Cómo!
S.—¡Oh, si! os habéis vendido.
No os empeñéis en negarlo:
desde que os ví en el jardín

con él ¡qué digo! en sus brazos,
comprendí que vos le amabais;
mas por fortuna es contrario
ya muy poco peligroso,
pues sirviendo está de pasto
á estas horas á los peces
en el fondo del Atlántico.

E.—¡Mentís!

S.— Cuando de la cárcel
logró evadirse, á caballo
pudo llegar á Matina:
de allí, en un bote muy malo
se dirigió á Portobelo;
pero el mar hizo pedazos
la barca. Unos pescadores
ha tres días encontraron
el cadáver del marqués
tendido al pie de un peñasco,
y no pudiendo enterrarle,
á las olas le arrojaron.

E.—Mentís, repito.

S.— Llamad
á Obregón y preguntádselo;
preguntádselo á don Lope.
Yo mismo podré llevaros
á los cuatro pescadores
que el cadáver encontraron.

E.—¡Oh! no! [*con desesperación*]

S.—¡Mucho os interesa
Rodrigo Arias Maldonado!

E.—¡Interesarme decís!
¡Interesarme!....Si le amo,
si le adoro con pasión,

y por él entro en el clautro!
¡Sí yo misma lo confieso
y en alta voz lo declaro!
Al conocerle le amé
por su corazón magnánimo,
por su nobleza....¡por él!
porque le miré tan alto,
que á su lado parecíais
todos vosotros muy bajos!
porque luchar frente á frente
le ví con tantos villanos,
y ser siempre generoso
con este pueblo de ingratos.
¿Queréis aún más franqueza?
Mi corazón desgarrado
siente sin *él* un vacío
que nadie podrá llenarlo,
ni aun el Dios á quien por siempre
como esposa me consagro.
(*hace ademán de irse*)

S.—Escuchad.
E.— No me sigáis.
S.—Permitidme acompañaros.
E.—¡Nunca!
S.— ¡Elvira!
E.— Os lo prohibo.
[*Vase por la derecha*].

ESCENA V.

Salazar.

Mi temor se ha realizado.
¡Ella amarle! No, mil veces.

Cruelmente estoy expiando
mi delito. ¡Y olvidarla
no podré nunca, si la amo!
Todo el horror del infierno
comprendo ahora, Dios santo.

ESCENA VI.

Salazar, Obregón, por la izquierda, vestido de gala

O.—¡El padrino aquí muy fresco
mientras le están aguardando!
S.—Perdonad, don Juan.
O.— Os veo
muy triste. ¿Algún desengaño?
S.—Como siempre.
O.— Por lo visto,
los males vienen doblados.
El correo que llegó
anoche ¿sabéis que trajo?
El nombramiento de alcalde
S.—En favor de....
O.— Maldonado.
S.—Os burláis, don Juan.
O.— Es cierto:
le dieron mi antiguo cargo.
Ya es Alcalde de Nicoya,
y ahora habrá que dejarlo
en libertad.
S.— ¿Y lo haréis?
O.—Cuando un hombre cual yo osado
(*bajando la voz*)
atropellándolo todo,
escala un puesto muy alto,

vence el rigor de una dama
y llega á obtener su mano.
por conservar sus conquistas
¿qué no hará, decid, Fernando?

S.—De manera que....

O.— Los muertos (*con intención*)
nunca vuelven ni hacen daño.
Mas ya es tarde: nos aguarda
don Lope en su casa.

S.— Vamos.

(*Vanse por la derecha*).

ESCENA VII.

Nuño, Juana, por la puerta del Convento. Nuño se pasea agitado y Juana le sigue.

N.—¡Imposible!

J.— Es la verdad.

N.—¿Soy yo tonto?

J.— Ya lo veo.

N.—Calla.

J.— Es cierto.

N.— No lo creo.

J.—Se casan.

N.— ¡Qué atrocidad!
Pero, señor, ¿es posible
que tales cosas sucedan,
y que las mujeres puedan
faltar con descaro horrible
á sus sagradas promesas,
á su santo juramento?

J.—Palabras que lleva el viento.

N.—Esas sois vosotras, ésas,

mujeres de Satanás,
que habéis venido á la tierra
para traernos la guerra,
el matrimonio....

J.— ¿Y qué más?

N.—Enredos, daños sin tasa,
y con perfidia sin nombre,
convertís en bestia al hombre,
y en un infierno su casa.
Pardiez, que si yo pudiera,
de un árbol las colgaría
y á todas las echaría
en seguida en una hoguera.

J.—Vamos, que no es para tanto.

N.—¡Que no! ¿Te parece poco
estar uno de amor loco,
deshecho en quejas y llanto,
y venir en conclusión
á meterse en un belén,
ó sacar, si le va bien,
lo que el negro del sermón?
Ahí tienes á don Rodrigo....

J.—Eso era ya de esperarse:
¿quién le mandó enamorarse
de la hija de su enemigo?
Verdad que ella le quería

N.—Y que aun le adora sospecho;
(*con misterio*)
mas ha ocultado en su pecho
el amor que le tenía.

J.—Como á casarse con otro
la obliga el viejo malvado....

N.—Ese Obregón condenado

vivirá siempre en un potro;
porque viendo la aversión
de Leonor, sabrá el villano
que ella le ha dado la mano,
pero nunca el corazón.

J.—¡Ay Nuño! qué cosas pasan!
Leonor está aún sin juicio:
la llevan al sacrificio
como un cordero.

N.— ¡La casan
estando loca! ¿Y no hay quien
impida el crimen?

J.— Ninguno.

N.—Ese don Lope es un tuno
que el cielo maldiga, amén.
¿Y el franciscano?

J.— No sabe
sin duda lo que sucede:
además, él nada puede
hacer en caso tan grave.

N.—Pues no casarlos ¡pardiez!

J.—Es tan bueno el pobrecillo!

N.—Juana, ese fraile es un pillo,
es un monstruo de doblez:
engañó á nuestro señor,
fingiéndose muy amigo.
¡Y el infeliz don Rodrigo
que le tuvo tanto amor!
¡Si supiera esta traición
y ese absurdo casamiento!
¡Pobrecillo! El sentimiento
me desgarra el corazón! (*llora*)
Ojalá siempre lo ignore.

J.—Vamos, hombre que me has hecho
llorar también.
N.— ¡Si no hay pecho
que tal desdicha no llore!
J.—¿Dudas tú de que esté vivo?
N.—Juana, no sé qué pensar:
talvez mintió Salazar.
J.—¿Con qué fin?
N.— No lo concibo.
J.—Yo creo, Nuño, que es cierto:
y no es extraño que un día
vuelva el amo. ¡Qué alegría!
N.—Es mejor que se haya muerto.
¡Figúrate su dolor
si tanta infamia supiera,
y aquí mañana volviera
á buscar á su Leonor! (*ruido dentro*)
Qué gente es esa?
J.— ¡Dios mío!
Son ellos.... la boda.... ¡sí!
apartémonos allí.
N.—¡La boda! Yo desvarío.

ESCENA VIII.

Dichos, gente del pueblo, por la derecha.

= MUSICA =

Coro—La boda ya no tarda:
verémosla pasar;
la novia con sus galas
muy bella debe estar.
Se casan en silencio,

sin fiestas, sin bailar:
no hay duda que esta boda
es boda singular.
Con música y jolgorio
es fácil olvidar
el peso insoportable
del lazo conyugal;
pero una boda triste
parece presagiar
tormentas que amenazan
la dicha del hogar.

Ellas—¿Ustedes no han sabido
por qué tal decisión?

Ellos—No hemos comprendido.....

Ellas.—Pues pongan atención.
Se asegura que la novia (*bajo*)
ha perdido la razón,
y su padre así la obliga
á casar con Obregón.

Ellos—Pues nosotros opinamos
de otro modo en la cuestión:
si alguno ha perdido el juicio,
no es la novia, es Obregón.

Ellas—Pero ¿por qué?

Ellos—La cosa es clara.

Ellas—Pues no se ve.

Ellos—Porque se casa.

Todos—Es dulce el matrimonio
si se hace por amor;
sin él se da al demonio
el más paciente Job.

Nosotras } las mujeres
Ustedes }

sabemos } endulzar
bien saben }
las horas de amargura
que afligen el hogar.
Se acerca ya la boda,
(*mirando á la derecha*)
verémosla pasar:
gentil viene la novia
y el novio muy galán.
Leonor viene muy triste,
con paso desigual:
se advierte en su semblante
la huella de su mal.

(*Pasan Leonor del brazo de D. Lope y fray Ambrosio á su lado. Obregón, Salazar, caballeros y señoras, que se dirigen á la capilla*),

Vacila á cada paso
y llora sin cesar:
más bien al sacrificio
parece caminar.
¡Qué triste boda!
¡Pobre mujer!
La ceremonia
vamos á ver. (*Entran todos*)

ESCENA IX.

Nuño, Juana.

N.—¡Ay Juana! ¡Qué es lo que veo!
J.—¿Entramos?
N.— Entremos, Juana.
¡Leonor traidora, inhumana!
Lo estoy viendo y no lo creo. (*entran*)

ESCENA X.

Oscurece—Por la izquierda D. Rodrigo embozado, traje de camino, sin espada y con una daga á la cintura. Se detiene delante de la cruz.

= MUSICA =

Rod.—¡Nido de mis amores!
Hoy por fin te vuelvo á ver.
Del cielo los rigores
no me dejaban volver.
¡Oh Leonor! ya estoy aquí,
á cumplir mi juramento:
ya cesó mi sufrimiento
al estar cerca de tí.
(*Señalando á la cruz*)
Allí una vez la contemplé de hinojos,
y me abrasó con su mirar de fuego:
allí al oír mi fervoroso ruego
vi asomarse á sus ojos la pasión.
Allí juró ser fiel hasta la muerte,
y me entregó su corazón amante:
allí escuchó rendida y palpitante
mis promesas de eterna adoración.
Hoy al volver á este lugar bendito,
siento en mi pecho renacer la calma:
en mi tristeza pienso que hay un alma
que al proscrito infeliz aún tiene amor.
¡Oh Leonor! si olvidaste tu promesa,
prefiero verte muerta antes que infiel;
porque así, al lanzar tu último aliento,
mi nombre y mi recuerdo irán en él.

ESCENA XI.

D. Rodrigo, Nuño, saliendo de la capilla.

N.—¡Que no tenga Dios castigo
para un crimen tan horrendo!
¡Virgen Santa! qué estoy viendo!
Es mi amo....¡Don Rodrigo!....
Un fantasma....*¡vade retro!*
R.—¡Cómo! ¿me tienes temor?
N.—Pero....¿estáis vivo, señor?
¿Sois un cristiano ó un *espetro?*
R.—Venga, buen Nuño, un abrazo.
N.—Vamos ¿conque sois el mismo?
(*Nuño en toda la escena da muestras de viva inquietud*).
R.—Salvé de un salto el abismo
y me desprendí del lazo.
Una noche me sacaron
de Cartago con cautela,
y sin dar paz á la espuela,
á Nicoya me llevaron.
No he visto en mi vida reo
mejor guardado que yo!
pero el pájaro voló
en alas de su deseo.
Al fin rompí mi prisión,
la vigilancia burlé,
y hace un momento llegué
en busca de un corazón.
¿Y Leonor?
N.— Pues...así...así (*muy turbado*)
algo loca.
R.— ¡Todavía!

¿La has visto?
N.— Sí....el otro día.
(¡Gran Dios, en qué hora nací!)
Pero, señor, van á veros.
R.—A nada se atreverán.
N.—¡Ay, señor! os matarán:
Es necesario esconderos.
R.—Vengo á hospedarme al Convento.
Pero.....¿hay fiesta?
(*señalando á la capilla*)
N.— No....no es nada:
es una misa cantada.
R.—¡De noche!
N.— (Soy un jumento).
Digo mal: es un rosario....
un bautizo....¡qué sé yo!
saber qué era me impidió
el humo del incensario.
R.—Entremos á ver.
N.— Por Dios.
por Dios, señor, escuchad:
es mucha temeridad.
Tenemos que hablar los dos.
Alejémonos de aquí:
vamos donde no nos vean.
Sabed....
R.— ¿Qué pasa?
N.— Desean
vuestros enemigos....
R.— Dí.
N.—Vamos, vamos, don Rodrigo,
allá detrás del Convento.
R.—Tanto misterio....

N.— Ni el viento
ha de ser nuestro testigo.
R.—Nuño, me pones inquieto.
vamos, pues.
N.— (¡Oh desventura!
¿Qué le digo? Virgen pura,
Sácame bien de este aprieto).

(Se van alejando, y de pronto D. Rodrigo se detiene y ase del brazo á Nuño).

R.—¡Tú mientes!
N.— Ese recelo....
R.—Quiero entrar.
N.— ¡No! [*con resolución*]
R.— ¡Nuño!
N.— ¡No!

(pausa. La interpretación se deja al talento de los artistas.)

R.—¡Ah!....Leonor....y él....
N.— ¡Sí!
R.— ¡Oh!
¡Leonor!....¡Y no se hunde el cielo!
¡Y el infierno vengativo
no abrasa ese infame techo!....
Lo escucho....y no estalla el pecho!
Lo escucho, y aun estoy vivo!
N.—Por vuestra madre, señor,
huid, por ella os lo ruego.
R.—¡Maldición!.....¡Traidora!.....¡Y luego
dicen que mata el dolor!
N.—Leonor está loca.
R.— ¡Infame! (*por ella*)
¡Paso! (*á Nuño*)
N.— Matadme primero.

R.—¡Si sólo mirarla quiero
cuando "esposo" á otro hombre llame,
y ver sus tiernos excesos,
y el más vil de los agravios
recibir de aquellos labios
que marchité con mis besos!
¡Si no la quiero matar!
¿Cómo piensas tal bajeza?
¿No ves que tanta vileza
ni aun odio puede inspirar?
N.—Dejad, señor, los enojos.
R.—¿Ves? no he perdido la calma:
¡si no hay iras en mi alma
ni una lágrima en mis ojos!
¡Si no lloro! Si me río!
Y ya siente el corazón
por la infame.... compasión;
por esos hombres.... hastío.
N.—Leonor es muy desgraciada:
perdonadla.
R.— La perdono.
Aquí dentro no hay encono,
(*golpeándose el pecho*)
ni amor.... ni penas.... ni nada.
(*aparta á Nuño y entra en la capilla*).

ESCENA XII.

Nuño.

Ampárale, Dios clemente:
su fiero arrebato calma:
infunde piedad en su alma
y claridad en su mente.

Haz que perdone á Leonor,
que se muestre compasivo....
(*rumor dentro*)
¡Ya le vieron, por Dios vivo!
¿Qué va á suceder, Señor?

ESCENA XIII.

Leonor sale despavorida de la capilla. Todos la siguen.

= MUSICA =

L.—Su triste sombra ¡oh Dios! he visto,
y amenazante me maldijo.
¡Quitad de allí, por compasión,
aquel espectro aterrador.
Ya se acerca.....viene aquí....
Ya lo siento....¡ay de mí!
Coro—De los sentidos sin duda es ilusión:
Ved que el que muere nunca jamás volvió.

ESCENA XIV.

Aparece D. Rodrigo en la puerta de la capilla, sin capa y con los brazos cruzados.

= MUSICA =

Mujeres—¡Jesús, mirad!
Es don Rodrigo.
Hombres—¡Es él, es él.
¡Luego no ha muerto!
R.—No he muerto ¡vive Cristo!
(*baja las gradas*)
pues llego á ver

lo que vale el juramento
de esa mujer.
Levanta la mirada, (*á Leonor*)
disculpa tu traición.
¿Qué hiciste, desdichada,
¡responde! de mi amor?

Coro—¿Qué va á pasar aquí?
Sábelo Dios.
Leonor sufre infeliz
fiero dolor.

D. Lope Obregón Salazar { No podemos consentir
en tal humillación:
Leonor no debe oír
tan dura acusación

Leonor.	*Elvira.*
Cedí sin libertad	Cedió sin libertad
privada de razón:	privada de razón
no fué no liviandad.	no fué no liviandad:
!si aun te amo con pasión!	¡si aun te amo con pasión!

R.—¡Habla! ¿has jurado
ante el altar?

L.—Sí, mi Rodrigo,
mátame ya.

R.—¡Oh! maldición!
¿Qué puede ya esperar?
Tu corazón del pecho he de arrancar.

L.—Hiere, hiere, ¡oh sí! por caridad.
(*Le presenta el pecho*)
Quiero morir.

R.— ¿Lo quieres?

[*Lleva la mano á la daga. Movimiento general.*]

Coro—Tened, por Dios, piedad.

Fr. Amb.—[*sujetándole*] Oye, Rodrigo
calma tu furor:
ven á la iglesia,
olvida tu amor.
Tu buena madre
así lo ordenó,
y es un mandato
que Dios consagró

Rodrigo.

¡Ah! no tendré piedad,
que es grande mi dolor,
tu infame falsedad
mató mi corazón.

Leonor.

Rodrigo por piedad,
contempla mi dolor:
no aumentes la ansiedad
de un pobre corazón.

Elvira.

Rodrigo, por piedad,
da fin á su dolor:
no aumentes la ansiedad
de un pobre corazón.

D. L. Ob. y Salazar.

Si no tiene piedad
al ver su gran dolor,
castigo á su maldad
daremos con rigor.

Nuño, Juana

¡Ah! no tendrá piedad,
que es grande su dolor:
la infame falsedad
mató su corazón.

Coro.

Tened de ella piedad,
que es grande su dolor:
mirad que su ansiedad
desgarra el corazón.

D. L.-Rodrigo Maldonado
mi hija ante el altar
se acaba de enlazar
con don Juan de Obregón:
venís, pues, sin derecho
la boda á interrumpir:

y tú, vén con nosotros, [*á Leonor*]
debemos ya partir.
L.—Llegó el fatal momento
de mi martirio cruel.
D. L.-¿No sigues á tu esposo?
L.—Mi esposo, padre, es él [*por Rodrigo.*
D. L.-Vén [*asiéndola de un brazo*].
L.— No, morir prefiero.
Coro.-¡La muerte quiere¡ oh dolor!
D. L.-No provoques mi furor.
Vén, te digo, pronto.
L.— No.
R.—¡Basta! No puedo mirar
tanta infamia y tal cinismo;
mas os juro que ahora mismo
va todo á terminar.
¿Tú quieres á ese hombre?
L.— No.
R.—Pero eres su esposa....
L.— Sí
R.—¿Le seguirás?
L.— ¡Ay de mí!
R.—¡Irte con él!....¡oh no!
O.—Venid, pues sois mi esposa,
venid sin dilación:
L.—¿Ser yo tuya? No, jamás.
D. L.-Vén.
L.— ¡Rodrigo, por favor!
R.—¡Oh! dejadme, padre
[*á Fray Ambrosio que le sujeta*]
A.— No.
D. L.-Vén.
L.— Matadme, por piedad.

R.—¡Ah! ¿no veis qué infamia?
A.— ¡Ah!
O.—Vén. ¿No me has jurado amor?
R.—¿Qué ha dicho, padre?
A.— ¡Valor!
L.—No, mentís (*á Ob.*) (¡Qué idea, oh, Dios!)
Iré, pero soltad.
Despedirme de él quiero.
D. L.—Está bien. Andad.
L.—Mi adiós postrimero
vén, Rodrigo, á escuchar. ¡Ah!
(*Le arrebata la daga de la cintura*)
R.—¿Qué intentas, desdichada?
Oye, escucha, por piedad.
L.—Así jamás de tu lado
nadie me podrá arrancar.
(*Se hiere. Elvira la recibe en sus brazos*)
D. L.—¿Qué has hecho, desgraciada?
Coro—¡Horror! ¿qué es lo que ha hecho?
R.—¡Leonor, mi bien amado!
¡morir, y no conmigo!
(*Va á recoger el puñal para herirse; pero Fray Ambrosio le detiene*).
A.—Detente, desdichado.
[*Todos acuden á Leonor, que en las gradas de la cruz descansa en el regazo de Elvira*].
(*De la capilla salen los frailes*)
L.—¡Padre mío!
D. L.— ¡Hija!
L.—Voy á morir.
D. L.— ¡Hija querida!
L.—Rodrigo....perdóname....
nuestra dicha....allá en el cielo....

Coro.—¡Qué triste agonía! Que acerbo dolor!
¡Acoge en tu seno á ese ángel, señor!
Ob.—(Heriste mi orgullo, burlaste mi amor:
he ahí mi venganza, ingrata Leonor).
L.—Adiós, Rodrigo:
¿creerás en mi amor?
R.—¡Leonor! ¡Leonor!
L.—Padre....en el cielo....
con mi madre ruego....
por tí....por él....por.... (*muere*)
D. L.—¡Muerta! ¡Oh Dios! perdón!
(*Todos se descubren y se arrodillan*)
R.—¡Leonor ¡ay! muerta!....
nada me queda,
padre, en el suelo.
A.—La religión
te abre su seno.
Coro.—Tened resignación
R.—¡Ay! ¿quién me la dará?
A.— ¡Dios!

(*En la puerta de la capilla D Rodrigo oculta el rostro en el pecho de fr. Ambrosio, que señala al cielo: los frailes los rodean. Leonor muerta en el regazo de Elvira. Todos arrodillados alrededor*).

TELON LENTO.

—FIN—

LOS PRETENDIENTES

JUGUETE COMICO-LIRICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

Estrenado en San José de Costa Rica

en 1890.

LETRA DE

CARLOS GAGINI

MUSICA DE

EDUARDO CUEVAS

1905

SANTA ANA.

REPARTO

D. ELEUTERIO.....J. ECHEVERRIA
DOROTEA.....Srta. A. AGUILAR
D. JUDAS.....E. BELTRAN
Mr. KANE.....ALEJ. ALVARADO
ABELARDO.....Sr. AGUILAR
UN CRIADO.....N. N.

LA ESCENA EN SAN JOSE [C. R.]
EPOCA CONTEMPORANEA.

La escena representa una sala decentemente amueblada. En el foro, puerta á la calle; á la izquierda una ventana; á la derecha dos puertas. Está anocheciendo.

ESCENA I.

Dorotea, junto á la ventana. deshojando una flor.

= MUSICA =

Vé muy lejos, pobre flor,
arrastrada por el viento,
á llevar mi pensamiento
al que es dueño de mi amor.
Le dirás que van regadas
con mis lágrimas tus hojas,
que son muchas las congojas
que me oprimen despiadadas.
Le dirás al angel mío
que llorando inquieta y sola,
he secado tu corola
con los besos que le envío.
Le dirás que aunque la suerte
marchitó nuestra ilusión,
guardaré en el corazón
su recuerdo hasta la muerte.

VALS.

Bello espejismo que en lontananza
un breve instante no más lució,
tal fué el ensueño de mi esperanza,
como una sombra se evaporó.
Dulce ventura yo ambicionaba,
mil ilusiones acaricié;
pero el destino me reservaba
funesto golpe, dolor crüel.
Padre tirano fiero doblega
á su capricho mi voluntad;
mas aunque el llanto mi rostro anega,
en mi verdugo no hallo piedad.
¡Adiós por siempre, dichas del alma,
que el hado adverso me arrebató!
Hoy ya perdida la antigua calma,
ser venturosa no puedo, no.
Talvez mi nombre en el olvido
pondrás, ingrato, sin compasión:
mas tu recuerdo ¡oh Fritz querido,
borrar no puedo del corazón!
Y en los pesares de mi existencia,
cuando me opriman angustias mil,
será consuelo de mi dolencia
pasar las horas pensando en tí.

ESCENA II.

Dorotea, D. Eleuterio, un criado.

D. E. (*dentro*) ¡Dorotea! ¡Dorotea!
D.—Ya voy, papá.
D. E. (*saliendo por la derecha, 1er. término*)

—¿Dónde diantres estás, muchacha?

CRIADO (*derecha 2o. término, con luces y un periódico*).

—Se me había olvidao decile que esta mañana trajieron esto pa la niña Dorotea. (*vase*)

D.—¡A ver! á ver! (*rompe la faja del periódico, lo hojea y lo deja sobre la mesa*).

D. E.—¿ Periodiquito tenemos ? (*leyendo*) T....h....

Te Times....ya, ya. Si no me equivoco éste es el cuarto ó quinto Times ó timo que recibes. Pero, señor ¿quien nos mandará ésto? De seguro es este *Londón*, algún macho de esos que no piensan más que en sacarnos el real á los americanos y mandan papeluchos á todo el mundo para pasar después la cuenta. O será Mr. Kane, el inglesito de patillas color de achiote y nariz de remolacha que nos sigue á todas partes como el espía de fray José? (*Pausa*). Pero hablando de otra cosa ¿has reflexionado sobre lo que hablamos ayer?

D.—¡Ay, papá!

D. E.—Déjate de ayes y conversemos formalmente. (*Se sientan en un sofá*). Abelardo Marsilla me pidió ayer tu mano, y yo se la concedí: es joven, simpático y rico; tú no eres ya ninguna pollita; conque....

D.—¡Ay, papá!

D. E.—¿Otra vez los ayes? Pareces un hospital.

D.—Es que....

D. E.—¡Nada, nada! Hoy vendrá por tu

respuesta, y mi voluntad es que te cases con él. Pero, dime ¿por qué antes le ponías cara de pascua y ahora de temporal?

D.—Pregunte usted á la gacela por qué aborrece al hipopótamo; pregunte usted á la tórtola por qué huye del buho; pregunte á la Esmeralda de Víctor Hugo por qué huye de Frollo; pregunte....

D. E.—¡Muchacha del diantre! ¿qué tengo yo que preguntar á esas Gracielas ni Víctor Uvas ni embrollos ó royos que dices? Responde sin rodeos: ¿quieres ó no á Abelardo?

D.—No niego que al principio me fué simpático, sobre todo por su nombre: ¡Abelardo, el amante de Heloísa! ¡Marsilla, uno de los amantes de Teruel!

Pero al tratarle ¡qué desengaño! El es un sér prosaico apegado á la tierra; yo me elevo á las regiones ideales en alas de mi espíritu: su alma no tiene aspiraciones, y solo piensa en sus vacas y sus fincas ¡horror! Yo soy arpa eolia que....

D. E.—Tú no eres más que una grandísima loca.

¿Es decir que no quieres á Abelardo porque no vive en los aires como un globo? Las novelas, las malditas novelas te han trastornado el juicio. ¿Qué mejor partido que ese joven? ¿Qué le falta?

D.—Lo principal: que yo le quiera. Sí, papá: la felicidad del matrimonio no consiste en las comodidades que proporciona el di-

nero, sino en el cariño y aprecio mutuos.

D. E.—¿Y no sabes tú que donde falta harina todo es mohina, y que amor con hambre no dura? Yo sé dónde me aprieta el zapato. Abelardo será á todo trance tu esposo.

D.—¡Pero, papá!

D. E.—¡Qué peras ni qué guayabas! Yo lo mando y san se-acabó. (*Se pasea irritado*) ¡No faltaba más que una chiquilla malcriada hiciera su voluntad!

D.—(*Se acerca sollozando*). Papá, perdóneme usted.

D. E.—¡Que te perdone! ¿Y de qué?

D.—Yo....no puedo....casarme....porque estoy....

D. E.—¡Qué! ¿qué dices? (*Asiéndola de un brazo*). Acaba!

D.—Porque estoy....enamorada de otro.

D. E.—¡Qué has hecho! ¿Y quién es? ¿Es pobre?

D.—Ante todo lea Ud. [*Sacando del bolsillo un periódico*].

D. E.—¡Otro *Te Times!* ¿Y como quieres que lea esto si no está en cristiano?

D.—Tiene Ud razón: se lo traduciré. [*Lee*] "El célebre Fritz Dumont que en París ganó varios millones, partirá para Costa Rica á unirse con una hermosa hembra, llamada Dora, cuyo retrato nos ha remitido Mr. Kane. Parece que el amigo Kane está loco por la dama; pero nada podrá contra un rival como Fritz, cuya fama y belleza le hacen irresistible entre las hembras de su raza".

D. E.--Bueno ¿y qué?

D.—Que esa Dora soy yo, y que ese Fritz viene á casarse conmigo. ¿Ve usted este retrato debajo de la gacetilla con las iniciales F. D.? Este debe ser Fritz. ¡Qué galán!

D. E.—¿Estás loca, muchacha?

D.—El otro día supe por unas amigas que Mr. Kane había comprado mi fotografía en casa de Paynter. De seguro la envió á Londres, allá la vió Fritz, y....

D. E.—Pero aquí dice Dora.

D.-Malicia del periodista, Dora es Dorotea.

D. E.—Vamos, acaso tengas razón.

D.—De sobra: Fritz fué quien me remitió el *Times*, y esta carta que venía dentro del periódico. (*Le da un papel*).

D. E.—¡ Hola, hola ! ¿cartitas tenemos? Veamos. (*Lee con dificultad*). "Angel mío: jamás la luz....incandescente de tus.... ful....meneos....

D.—Fulmíneos, papá.

D. E.—Ful....¿qué? Vamos. "Ojos ha deslumbrado mis pupilas; jamás he tenido.... la dicha....de ex....tasiarme contemplando tu....ciruelo....

D.—Cerúleo.

D. E.—Eso es: "tú cerúleo rostro; y sin embargo,....atracón misterioso de las almas...."

D.—Atracción, papá.

D. E.—"Aunque no conozco más que.... tu retrato, te adoro con pasión....botánica..

D.—Volcánica.

D. E.—"....Volcánica, como Fausto á Margarita, como Otelo á Desde....mona. Pronto salvaré la distancia que nos separa, para recibir á tus pies mi sentencia. Tu misterioso desconocido". ¡Canastos! este hombre es un volcán. Y sabe escribir en cristiano!

D.—¿Se convence usted ahora?

D. E.—(*pensativo*) Conque es muy rico.... y galán.

Pero ¿como puedes quererlo sin conocerlo?

D.—El corazón me dice que es el sér ideal por quien suspiro: nuestras almas se han adivinado. Conque ¿despedirá usted esta noche á Abelardo? (*con mimo*) Verdad, papá?

D. E.—Poco á poco. ¿Y si Fritz no viene? ¿Y si se ha arruinado? ¿Y si en la travesía se va á pique y se lo almuerza un tiburón? Nunca es prudente soltar una rama sin agarrarse bien de otra; y si no, pregúntaselo á los políticos. Lo que haré será entretener á Marsilla hasta que venga el franchute, y entonces veremos.

D.—¡Qué bueno es usted, papá!

ESCENA III.

Dichos, *Criado*, (*derecha 2o. término*).

C.—Don Leuterio, yastá el cocholate. (*vase*)

D. E. (*mirando su reloj*).—Son las siete y media, y á las ocho vendrá Abelardo. Ya verás qué bien salgo del compromiso. No

sé por qué he simpatizado con ese señor..... Dumono. Debe ser un serafín. ¡Y las taleguitas de onzas que traerá! Ese si es un marido en regla.

C. (*saliendo*)—D. Leuterio, que se le enfría el cocholate.

D. E.—Bueno, hombre, ya voy.

D.—Vamos á cenar, papá, y en la mesa hablaremos de nuestros planes. (*Vanse del brazo*).

ESCENA IV.

Criado, sacudiendo los muebles; D. Judas, con levita raída, vestido pobremente.

J.—Hola, mozo ¿está en casa don Eleuterio?

C.—Está bebiendo, pero voy á llamáselo. Pase palante y agarre una silleta.

J.—Gracias, atentísimo fámulo.

(*Vase el criado, derecha 2o. término*).

ESCENA V.

D. Judas.

Por fin, Judas, ya estás en la brecha, y no hay más remedio que hacer de tripas corazón. ¡Válgame Dios! y qué atrevido se vuelve uno cuando padece de *sindineritis* crónica! Aquí estoy yo, por ejemplo, que sin valor para matar una mosca, vengo á meterme en la cueva de este oso de don E-

leuterio, y á pedirle, como quien no dice nada, la mano de su hija. Y lo famoso es que ni ellos me han visto en su vida, ni yo conozco á la muchacha más que en efigie; pero como ella, según dicen, es algo tonti-romántica y el viejo muy rico, vengo á probar si mis versos decadentes me abren las puertas del corazón de la una y de la caja del otro. ¿Habrá suerte más perra que la mía? Hace tanto tiempo que no como, que ya tengo telarañas en el gaznate. ¿Y quien tiene la culpa? Mi honradez, si señor, mi honradez: en este mundo solo las picardías se pagan á buen precio....Pero, silencio! Llegó el intante fiero: ahí viene el ogro. Valor, Judas, y que Dios te saque con bien.

ESCENA VI.

D. Judas. Don Eleaterio.

= MUSICA =

J.—¿Don Eleuterio Gómez Cortés?
E.—Le tiene usted delante, un servidor de usté.
J.—Yo soy don Judas Vargas Ladrón.....
E.—(Y qué franqueza, cáscaras) Conque es U. ladrón?
J.—Sí, de Guevara, noble español.
E.—(¡Canastos, es un noble!) ¿Y á qué debo el honor?
(*Le ofrece una silla, se hacen cortesías y se sientan*).
J.—Soy literato noble y soltero;
todo me sobra (menos dinero);
pero á mi vida le falta un polo,
y me fastidio viviendo solo.

E.—(Con tantos circunloquios ¿adonde irá á parar?)
¿De modo que aburrido se quiere usté casar?
J.—Amo hace tiempo, don Eleuterio,
Amo en secreto con gran misterio;
y estoy resuelto, ¡voto al demonio!
á echarme el lazo del matrimonio.
E.—Eso es muy acertado; don Judas, hace bien.
Perdone una pregunta ¿podré saber con quién?
J.—Precisamente sólo á eso vengo,
y en declararlo no me detengo:
perdone, amigo, que franco sea:
quiero casarme con Dorotea. (*Se levantan*)
E.— ¡Canastos! qué sorpresa me ha dado usté!
Por Dios, que no esperaba tal yerno, á fé;
don Judas, agradezco su proceder;
Pero es asunto serio: lo pensaré.
J.— Espero que mi audacia no lleve á mal,
y que esta misma noche resolverá.
Señor don Eleuterio, por compasión,
dé algunas esperanzas á mi pasión.

HABLADO.

J.—Sí, señor don Eleuterio: yo amo á su hija con todo el fuego incandescente de mi corazón (*tocándose el vientre*) y humildemente pido á Ud. su mano. (*D. Eleuterio le alarga la mano*). No, hombre, la de su hija.

D. E.—[*ap.*] Pero ¡qué levita lleva este señor! Estos nobles son tan extravagantones!

J.—[*ap.*[¡Malo! El viejo me inspecciona de pies á cabeza, y si llega á descubrir los remiendos que tengo en los codos y en otras partes menos puntiagudas de mi individuo,

se lo llevó todo Pateta. (*alto*) ¿Qué resuelve usted por fin, señor de Gómez?

D. E.—Calma, amigo don Judas: usted comprende que un padre....

J.—Comprendido. Ud. desea saber quién soy ¿no es eso? Pues voy á satisfacer su legítima curiosidad. Mis padres eran nobles españoles, Ladrones de Guevara [*ap.*] y de otras cosas también; [*alto*] pero dejé su compañía para recorrer los países de América, escribiendo y trabajando. Tres meses ha que llegué á Costa Rica, donde vivo en amorosas relaciones con lasnueve hermanas.....

D. E.—¡Demonio! con nueve hermanas! ¿y usted tan fresco?

J.—No hay que alarmarse: las nueve hermanas son las musas: quiero decir que soy poeta.

D. E.—¡Acabáramos! [*ap.*] Lo que yo sospechaba: éste es un pelado. Solamente los que no tienen pesetas que contar se ponen á contar sílabas.

J.—En cuanto á mis bienes de fortuna, es cierto que son modestos: sin embargo, mi colección de perlas, diamantes y rubíes no la venderé jamás por todo el oro del mundo.

D. E.—¡Cómo! qué! ¿Usted es dueño de una colección de diamantes? (*con ansiedad*) ¿Y dónde la hizo? de cuántos ejemplares consta?

J.—La hice en el Brasil: consta de tres mil quinientos ejemplares, menos uno que vendí á un negro de aquella tierra.

D. E.—¡Canastos! ¿Y cuánto calcula usté que valen?

J.—[*con suficiencia*] No lo sé á punto fijo: en América no hay quien pueda valorar joyas de esta clase: pero si en Europa pusiese mi colección en venta, sepa Ud. que mi fortuna podría competir con las más colosales del mundo.

D. E.—[*ap*] ¡Por todas las ánimas benditas! si es verdad lo que este hombre dice, ahorita mismo le caso con Dorotea. (*alto*) Queridísimo amigo: me cuenta Ud. tales maravillas, que estoy impaciente por conocer la tal coleccioncita.

J.—Mañana mismo; pero como asuntos políticos me llaman urgentemente á España, partiré mañana si Dorotea rechaza esta noche mi pretensión; si me acepta, mi colección y cuanto poseo serán para Ud.

D. E.—¡Oh corazón noble y generoso! (*abrazándole*) No, querido don Judas, Ud. no se irá. No crea que soy interesado, no señor: Ud. me gusta mucho por sus prendas...

J.—(*ap.*) No será por las de mi vestido.

D. E.—Y ahora mismo voy á hablar con mi hija, á convencerla. Confíe en mí, y tenga la bondad de pasar á mi despacho. Luego le llamaré para presentarlo á Dorotea.

J.—Ud. me confunde con su bondad.

D. E.—Pase Ud. (*Le conduce á la 1a. puerta de la derecha: D. Judas se burla de él con gestos, y disimula cuando se vuelve D. Eleuterio. Este se va por la 2a. puerta*).

ESCENA VII.

Mr. Kane, de frac y sombrero de copa. Marcado acento inglés.

—Buenas nochés, buenas nochés. ¡Oh! no haber nadie. Well, well. Mister Marsilla no llegar todavía: esto ser muy demasiadamente bueno por mí. Mí hablar primerro con mister Gpméz y mí casarse con miss Dorrotea. ¡Oh yes! Mí ser demasiadamente pícarro.

= MUSICA =

Mister Marsilla ser descuidado:
él no estar bueno para casado:
pues por casarse, pues por casarse,
es necesario no descuidarse.
Del que madruga ser la victoria:
así enseñarlo siempre la historia.
y si el marido (bis)
no andarse listo....estar perdido.

ESCENA VIII.

Mr. Kane, D. Eleuterio, Dorotea.

D. E.—(*á Dorotea*). Te digo que D. Judas te conviene: déjate de Fritzes y de tonterías.

D.—Pero papá....

MR. K.—Buenas nochés.

D. E.—¿Eh? (*ap.*) Mister Kane! cero y van cuatro.

K.—Mí ser Henry Kane y querrer hablar á mister Goméz.

D. E.—Dorotea, déjanos solos.

K.—¡Oh no! Ella escuchar también. (*Don Eleuterio le ofrece una silla*).

K.—¡Oh, thank you! No, no decirse así: muchas gracias. Mí hablar pocos palabras, porque no sabe el español. Ser muy difícil esta idioma ¡oh yes! (*suspira*).

ESCENA IX.

Dichos, Abelardo, por el foro, se queda al paño al ver á Mr. Kane; D. Judas, lo mismo, por la derecha, 1er. término.

AB.—(*ap.*) ¡Diantre! el macho que pretende á Dorotea!

J.—(*ap*) Un inglés! Pero no es de los míos!

K.—En Londrés haber un muy bonito palacio, muebles lujosos, ventecinco coches. Todo ser de mí. Señorrita, mí estar enamorrado de usted. ¿Usted casarse con mí? Mister Goméz permitir esto?

Ab.—(*ap*) ¡Diablo!

J.—(*ap*). ¡Demonio!

D. E.—Tan delicado asunto, señor mío, no se resuelve de pronto: si Ud. se aguarda unos días....

K.—¡Oh! no ser posible: si miss Dorrotea decir no, mí irse mañana por Eurropa.

AB.—(*ap.*) Por lo visto viajaremos juntos. ¿Si será este otro farsante como yo?

DOR.—(*ap.*) Papá, dígale que no.

AB.—(*ap*). Yo no aguardo más. (*sale*) Muy buenas noches, señores.

K.—(*ap.*) ¡Mister Marsilla!

D. E.—¡Canastos! qué apuro!

J.—(*al paño*) ¡El novio oficial de la chica! Pero señor, esta muchacha tiene más pretendientes que un Ministerio. Salgamos y que la batalla sea general. (*alto*) Buenas noches, señores.

D. E.—¡Don Judas!

D.—[*ap.*] Este es el millonario que decía papá.

AB.—[*ap.*] ¿Quién será este Cucufate?

K.—[*ap.*]—Este, otro rival siguramente. Mí verlo en la esquina ayer.

J.—Don Eleuterio, según lo que convinimos hace un rato, aguardo la respuesta á mi solicitud.

AB.—Perdone usted don....

J.—Judas Vargas Ladrón de Guevara y Toro de la Sierra.

AB.—Don Eleuterio, según lo convenido ayer, vengo á saber su resolución definitiva.

K.—Mister Goméz, mi aguardar risposta.

J.—Pérmítame que....

AB.—¿Se acuerda usted que....

D. E.—¡Canastos, señores! Ustedes me van á volver loco! Siéntense y hablemos claro. [*Se sientan*]. Por lo visto, todos pretenden una misma cosa ¿no es eso?

AB.—Así parece. ¿Verdad mister Kane?

K.—Caballero, usted no estar presentado á mí, usted no poder hablarme.

J.—Tiene razón: en Inglaterra....

AB.—[*á don Judas*] ¿Y á usted quien lo mete....?

D. E.—¿Volvemos á no entendernos, señores? [*Se sientan de nuevo*]. Puesto que los tres quieren casarse con mi hija, y puesto que mi hija no puede casarse con los tres, porque....vamos, porque no se puede, que elija ella misma.

D.—Pero si yo....

J.—Eso es. Señorita, sírvase dictar mi sentencia. [*Se arrodilla á sus pies*].

AB.—Y la mía. [*se arrodilla*]

K.—Y la de mí. [*id.*]

D.—Yo....ya que ustedes lo quieren, diré que....agradezco tanto honor, pero no puedo aceptarlo: el amor no se va donde le mandan: brota cuando aparece el astro que ha de alumbrar nuestra vida...Y ese astro....

J.—Y ese astro no es ninguno de estos asteroides que estamos aquí. Nada, que usted nos propina unas calabazas más grandes que la cúpula del teatro. [*se levanta*]

AB.—[*ap.*] ¡Oh rabia! yo me vengaré. [*se levanta*].

K.—Señorrita, mí no levantarse hasta saber como llamarse el astro.

D.—Lea Ud. [*le da el Times*]

D. E.—(*furioso*) ¿Qué has hecho?

K.—[*ap.*] All right! very well. Ella quererme. (*alto*) Miss Dorrotea, mí no encontrar astro aquí: la periódica hablar de mí nada más.

D.—Y también de Fritz Dumont: ese es...

K.—¡ Oh! Oh! Oh! ¿usted. decir, usted querrer....

D.—Sí, señor, á Fritz.

K.—(*riéndose estrepitosamente*). Fritz....! ¡oh!....Fritz! (*Se deja caer en un sofá. Abelardo y D. Judas recogen el Times*).

D. E.—¿Qué significa esa risa, señor mío?

J.—(*á Mr. Kane*) Pero ¿quién es ese Fritz?

K.—Fritz ser....¡Ja, ja, ja!

D. E.—Esa risa es ya muy impertinente. ¿Quién es Fritz?

AB.—Acabe Ud. con dos mil de á caballo.

K.—¡Eso! eso! Fritz ser....un caballo!

D.—¡Horror!

D. E.—¿Qué dice Ud? ¡Cuidadito con las burlas!

K.—Mí no burlarse: Fritz ser el caballo que gana los premios en París. Mí pedirlo á su dueño, mi amigo, para hacer cría con mi yegua.

D.—¿Y esta Dora?

K:—Ser mi yegua. Amigos de Londrés conocer su retrato y poner eso en la periódica por dar á mí una broma.

D.—¡ Ay Dios mío! Yo me muero! Ah! (*se desmaya*).

A.—Agua! pronto! (*va y vuelve con un vaso*)

D. E.—¡Hija mía! (*La abanica con el sombrero de Mr. Kane; éste con el periódico y D. Judas con el faldón de la levita*).

AB.—Ya va pasando.

D.—¡Ay!....¿conque Fritz es un caballo?

K.—Y muy demasiadamente bonito.

D. E.—Pero entonces ¿quién diablos le mandaba á mi hija el *Te Times?*

K.— Mí.

D.—¿Y este retrato que está debajo de la gacetilla?

K.—Ser una avisa de un fabricante de..... mí no saber como llamarse eso en español. (*Hace ademán de llenar y vaciar una jeringa*).

AB. } Comprendido.
J. }

D.—No; usted por despecho nos está engañando. ¿Y esta carta la escribió usted ó el caballo? Léala usted, Abelardo.

AB.—(*leyendo*) "Angel mío: jamás la luz incandescente de tus fulmíneos....

J.—Alto ahí. Señorita, esta carta no la escribió un caballo sino un borrico: yo, yo que enamorado de usted por su retrato, metí esos renglones dentro de un periódico que el cartero traía para usted.

D. E.—(*ap.*) ¡Famoso chasco! Se me cae la cara de vergüenza.

AB.—D. Eleuterio, puesto que su hija me pospone á un irracional, retiro mi petición.

D. E.—Precisamente hace apenas media hora que Dorotea me suplicó le despidiese, porque usted es un hipopótamo....

AB.—¡Canario!

D. E.—Y una lechuza y otras cosas; y que no podía quererle, porque el alma de ella es un arpa....diabólica.

AB.—Eólica, diría.

D. E.—Cabal.

AB.—Eso es: y la mía será el contrabajo de la orquesta.

K.—Míster Goméz, mí irse mañana por Eurropa.

D. E.—Buen viaje. (*ap.*) Estoy temblando: falta que don Judas se largue también con su coleccioncita.

J.—[*que ha estado conversando con Dorotea*] Don Eleuterio, puesto que desaparecieron todos los obstáculos, pido nuevamente la mano de su bella hija.

D.—(*ap.*) Papá, dígale que sí.

D. E.—(*á Abelardo y Mr. Kane*) Un momento, señores: sean ustedes testigos de que entrego formalmente la mano de mi hija á don Judas Vargas Ladrón de Toros de la Sierra.

J.—Gracias, querido suegro. (*Le abraza*).

AB.—(*á don Eleuterio*) Dígame ¿su futuro yerno es acaso algún millonario disfrazado?

D. E.—Usted lo ha dicho: don Judas posee una colección de perlas preciosas que vale un dineral.

K.—Oh! mí querer verla.

J.—A propósito. Cuando acometió un síncope al serafín de quien soy ya dueño: cuando traté de insuflarle gases respirables con el apéndice de mi levita, palpé en el bolsillo un ejemplar de mi colección, que voy á tener el gusto de ofrecer á mi querido suegro.

D. E.—Ya verán ustedes: algún diamantazo del Brasil.

[*Don Judas saca un pañuelo de color, y cae*

un bollo de pan que aparta rápidamente con el pie; luego saca un libro en rústica].

J.—Aquí lo tiene usted.

D. E.—¿Qué? ¡Canastos! ¿Está usted loco? ¿Y la colección?

J.—Lea usted. "Colección de perlas, diamantes y rubíes, ó sea joyas poéticas decadentes por don Judas Vargas Ladrón". Este es la colección que escribí en el Brasil y de la cual no vendí más que un ejemplar á un negro, porque los pueblos americanos son todavía muy brutos para apreciar obras literarias de esta clase. Sí señores: yo he echado margaritas á los puercos, como dice Cicerón en la Divina Comedia, y por lo mismo voy á regalar mi coleción á don Eleuterio.

D. E.—Esa es una traición infame, señor mío. Me retracto. Usted me habló de diamantes y me sale con un mamarracho. ¡Y me decía usted que no vendería eso por ningún dinero!

J.—Pero hombre de Dios ¿cómo voy á vender mi colección si nadie quiere comprarla?

AB.—Ya es tarde, don Eleuterio: mister Kane y yo somos testigos de su consentimiento

K.—Yes.

D.—Sí, papá; y yo que soy mayor de edad....

D. E.—¡ Insolente ! (*paseándose agitado*). Canastos! este mundo es una jaula de pícaros

J.—D. Eleuterio, yo le prometo....

D.—Consienta Ud.

AB.—Yo también se lo ruego (así me vengaré).

K.—Y mí.

D. E.—¡Uff! Déjenme en paz. Consiento con dos condiciones: que usted no vuelva á hacer colecciones, y que tú no leas más novelas ni romantiquerías.

D. } J. } Aceptado.

D. E.—Entonces cásense cuando quieran y con su pan se lo coman.

AB.—(*á Dorotea*) Felicito á usted por el millonario que se ha echado.

K.—Mister Ladrón tener muchos diamantes por usted.

D.—¿Y ustedes se imaginan, señores, que la felicidad consiste en la riqueza? ¡Qué error tan grande! Así piensan los seres vulgares que buscan únicamente la satisfacción de groseros placeres y convierten el dinero en la aspiración de toda su vida. Así piensan ustedes, señores: oigan ahora cómo pienso yo.

— MUSICA —

D.—Me dicen que eres pobre,
mi bien, yo sé que no,
pues guardas en tu pecho
tesoros de pasión.
Desdeño los placeres
del oro corruptor;
más vale amor sin casa
que casa sin amor.

J.—No es cierto que soy pobre,
mi bien, pobre no soy,
¿pues qué mayor tesoro
que tu constante amor?
Para vivir dichosos
nos basta la pasión;
que si nos falta oro
nos sobra corazón.

D.—En el amor tan solo,
mi bien, la dicha está:
sin él no puede nunca
haber felicidad.
¿Qué importa que no tengas
montones de oro vil?
Dí que me quieres, dilo,
y me verás feliz.

D. E. / AB / Mr. K { Tan solo en el dinero
la humana dicha está:
sin el dinero nunca
habrá felicidad.
Son simples las mujeres
que al oro llaman vil:
sin él no hay dicha nunca,
sin él no hay nada, en fin.
Con eso las mujeres
revelan lo que son
y el gusto detestable
que les ha dado Dios.
No es raro que prefieran
marido pobretón,
pues siempre entre mil novios
eligen el peor.

TELON.

DON CONCEPCION

Juguete cómico

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

Carlos Gagini

Estrenado en el Teatro Nacional de San José de Costa Rica, el 24 de agosto de 1902, por la Compañía dirigida por Don E. Serrador.

1905

NOTA:—En Costa Rica el nombre *Concepción* se abrevia familiarmente *Concho*; pero *concho* es también el palurdo ó patán, lo que hay que tener en cuenta para entender la última escena.

REPARTO

Don Concepción	Sr.	Ceballos
Doña Francisca	Sra.	Sarzo
Chepita	Srta.	Berenguer
Lolita	Srta.	Castíllo
Heloísa	Srta.	Camarero
D. Venancio	Sr.	González
D. Caralampio	Sr.	Vilanova
Ramona, cocinera	Sra.	Aranguren
Criada	Sra.	Ceballos

La acción en San José (Costa Rica)
época contemporánea.

La escena representa una sala con muebles lujosos en desorden. En el foro, puerta á la calle. Puertas laterales á las habitaciones. En el centro una araña con cuatro lámparas eléctricas. Es de tarde. Al levantarse el telón, Chepita y Lolita están desenvolviendo algunos paquetes.

ESCENA I.

Chepita, Lolita.

CH.—¡Cuántas cosas bonitas! ¿Traerán más? Por lo visto tatica ha comprao toda la tienda.

L.—¡Jesús! me parece mentira que estemos ya viviendo en San José, después de estar soterradas desde chiquillas en aquella remotidá de San Pablo.

CH.—Por algo no había querido tatica traernos antes á conocer la ciudá; si yo hubiera venido, ni amarrada me vuelven á llevar al campo.

L.—¡Cuando me acuerdo de que estuvimos sólo un año en la escuela, y que después no hemos hecho más que lavar, planchar y cocinar!

CH.—Cuidado vas á contar eso á nadie. ¡Qué dirían de tata Conchito que con tanta plata nos hacía trabajar como machos!

L.—Y cuando nos quejábamos nos decía: (*remedando*) "Pa que se acostumbren, pa que sean mujeres de su casa: las mujeres no necesitan cencias, sino saber remendar los calzones del marido, freírle los frijoles y echarle de cuando en cuando una tortilla rellena".

CH.—La verdá es que una con plata vale más que esas tontas presumidas de la ciudá. ¡Ya verán cuando salgamos á la calle con los vestidos nuevos!

L.—¡Y de sombrero! ¿Qué tal nos veremos con sombreros emplumaos?

CH.—Yo lo que quisiera ver son los vestidos para el baile del 15 de sectiembre.

L.—Y ya está cerca; el sábado que viene. Pero ¿nos convidarán?

CH.—De seguro: tatica tiene muchas relaciones con el menistro don Ugenio, aquel que le compró el cerco de Tres Ríos.

L.—Chepita, ¿pa qué serán estas escaleríllas? (*por unas rinconeras*).

CH.—Serán pa el comedor, pa poner los trastes.

L.—Y estas tazas grandotas? (*por unas macetas*) ¿Serán....? (*le habla al oído*)

CH.—Pero, hija, si no tienen oreja!

ESCENA II.

Dichos, Heloísa, por el foro.

H.—Buenas tardes, primitas.

CH.—¡Heloisita!

L.—¡Dichosos los ojos que te ven! (*la abrazan*).

H.— Por casualidad supe ayer que estaban ustedes aquí desde el lunes. ¡Qué mal portadas! No avisarme! ¿Conque ya son ustedes josefinas?

CH.—Sí, nos aburríamos allá abajo en San Pablo. ¡Es una gente tan ordinaria!

L.—Y como tatica tiene monis, aquí puede figurar, y puede que lo hagan deputao ó menistro....

CH.—Y además, aquí podemos casarnos con señores, mientras que allá....

L.—Heloisita, perdona la confianza: ¿que son estas cosas?

H.—Estas son macetas para flores, y éstas rinconeras para poner bibelots....

CH.—Bibe....¿qué?

H.—Bibelots, adornos ó juguetes para sala, que así se llaman en francés.

L.—¡Qué dicha es ser tan sabida como vos!

H.—Queridas primas, ya saben ustedes que peco de franca; no se resientan, pues, por lo que voy á decirles, autorizada por el parentesco y el cariño. (*Se sientan*).

CH.—¡Adió! resentirnos nosotras!

H.—Si ustedes quieren relacionarse con la buena sociedad sin exponerse á burlas ni desaires, es preciso que estudien siquiera dos años en un colegio.

L.—Se me puso que ibas á salir con eso. Como vos estudiaste tanto y te hiciste escribidora....

H.—Si mi padre, siguiendo los consejos de tío Conchito, no me hubiera puesto á la escuela normal donde obtuve mi título de maestra ¿qué sería de mí ahora que he quedado huérfana? Gracias á lo poco que aprendí puedo ganarme la vida sin humillaciones: tengo relaciones excelentes, y vivo sola, pero libre de calumnias, porque aprendí á respetarme y hacerme respetar.

L.—Eso de matarse estudiando se queda pa los pobres, pa los méndigos.

H.—Y si ustedes ¡Dios no lo permita! llegaran á verse en la miseria ¿qué harían? Y si se casan con caballeros instruídos ¿no es claro que acabarían por despreciar á unas esposas que á cada paso los ponen en ridículo? Además ¿cómo podría dirigir la educación de sus hijos la mujer que carece de ella?

CH.—Bueno, niñá, no tenías necesidá de hablar tanto para llamarnos inorantes.

L.—De veras que el sermoncito ha sido algo largo. (*Se levantan*)

H.—Dispénsenme ustedes: como soy maestra tengo la manía de sermonear.

CH.—Dejemos eso y vamos á enseñarte la casa. ¿Querés?

H.—Con mucho gusto. (*Vanse por la derecha*).

ESCENA III.

Doña Francisca, criada con varios paquetes: luego D. Concepción, todos por el foro.

FR.—Dejá eso por ahí. ¡Uff! vengo rendi-

da de andar de tienda en tienda. Este San José es más grande que Ingalaterra. Sin vos me hubiera perdido.

CR.—Pero es que tenía usté que comprar la mar de cosas.

FR.—¿Viste que dependientes tan finos? ¡Son más labiosos! "Señora, que lleve usté esta montura bordada para su esposo, que estos fichuses pa las niñas, que aquello pa usté!" ¿Viste como conocen ya todos á mi marido y me fiaron lo que merqué? ¡Ah! Conchito se va á ir de espaldas cuando vea la.... (*sacando un papel del bolsillo*) ¿cómo decís que se llama?

CR.—La fatura.

FR.—Eso es, la faitura.

CR.—Señora, ahora que me acuerdo, esta mañana cuando andaba usté pasiando, vinieron las de San Vicente de Paul y me dijeron: "Avísele á la señora que la hemos nombrado presidenta....funeraria de la sociedá, y que pa el turno del domingo no deje de mandar su....óbalo".

FR.—¡Te dijeron eso! ¡Yo presidenta! Si es verdá, voy á mandar pal turno todos los animales de la casa, hasta la ternera de Chepita y el caballo de mi marido.

D. CONCEPCIÓN.—(*Por el foro*). Aquí estoy. ¿Al fin fuiste á las tiendas?

FR.—¡Hombre! ¿saliste así sin corbata?

D. C.—¡De veras! ¡qué barbaridá! La falta de costumbre. Si vieras, Panchita, traigo la cabeza como un avispero. Me acon-

sejaron que mercara los muebles onde [redacted], y como los dependientes tienen tanta labia, me hicieron mercar de todito: sofases, almarios, cujas, ese bombo chino (*señalando un biombo*), esquinencias pa poner bibelochos ¡qué sé yo!

FR.—Conchito de mi alma, yo he gastao más que vos: como tengo que alistar pa el baile á las muchachas....Mirá la faitura.

(*Durante este diálogo la criada arregla los muebles y recoge la basura*).

D. C.—(*Leyendo con dificultad*). "Tres..... corsetes" ¡Pancha, Pancha! ¿vos también te vas á encajar eso? Ya no te acordás cuando andabas con camisa de gola?

FR.—(*bajo*) Hombre, que te está oyendo Juana.

D. C.—Digo, aquella vez que se te ocurrió quitarte la cotona para lucir los brazos. (*Leyendo*). "Cuarenta.....varas de.....surache".

FR.—Es un género que llaman surá.

D. C.—Pues aquí dice surá y después tiene una h. (*Leyendo*) "Un frasco de.....mozote".

FR.—Miosotis, hombre, si es una agua de olor.

D. C.—"Tres bobas".

FR.—Son unas bufandas peludas que se cuelgan del pescuezo pa ir al tiatro ó á los bailes.

D. C.—Y á propósito de baile ¿no me trajieron de la Sastrería Italiana un vestido de leva?

CRIADA.—Sí, señor, lo puse en su cuarto. (*Vase*).

D. C.—Hija, ahora que venía de la tienda vi por la otra acera á don Ugenio, más tieso que la cruz alta de las proseiciones: ni siquiera me saludó. ¿Qué sería?

FR.—Tal vez le dio algún aire y estará tieso de la nuque.

D. C.—¡Pos tenés razón! La falta de costumbre: le pasa lo mismo que á mi con la corbata. Como don Ugenio ha vivido siempre en una casita de caedizo, y ahora está en los altos del Palacio, y allí hace tanto viento, le habrá bañao aire y se habrá entiesao. La falta de costumbre. Nada, cuando yo sea menistro, merco una boba peluda y me la cuelgo del pescuezo.

FR.—¿No te parece, Conchito, que estamos gastando mucho aquí en la capital?

D. C.—Y más que hemos de gastar; porque lo que es yo no me quedo sin mercar un peano. ¿Qué dirían las visitas si vieran que no tenemos istrumento?

FR.—Pero eso cuesta mucha plata.

D. C.—No te aflijás, Pancha: si estoy gastando una barbaridá, me queda la satisfaición de que ya comienzo á figurar. Uno de esos que escriben las gacetas está trabajando por mí para las prósimas eleiciones, y me dijo que hoy iba á sacar mi retrato imprentao. Carillo me cuesta ese gugto, pero lo que de salir deputao no me escapo. ¡Y quién sabe! Conceición Abarca será un inorante,

pero de tonto no tiene un pelo. ¡Cuántos presidentes habrán sido milperos y frijoleros como yo! ¡A saber, Panchita, si algún día te verés pasiando en el birloche presidencial! (*Vase majestuosamedte por la derecha*)

FR.—(*llamando*). Juana, Juana!

CRIADA—(*saliendo*). ¿Señora?

FR.—¿Qué se habrán hecho las muchachas? Llevate todo eso á mi cuarto y andá á buscarlas.

ESCENA IV.

Dichos, Ramona, con los brazos tiznados, y luego don Concepción. Al salir la criada, tropieza con Ramona y deja caer los paquetes.

FR.—¿Qué es eso? (*La criada recoge los paquetes y se va*).

R.—¡Ña Chica, ña Chica, venga y verá....

FR.—¿Qué es eso de *ña*, atrevida? ¿No te lo he alvertido mil veces que yo me llamo niña Francisca? Como lo volvás á decir, perdés el concierto.

R.—Pos como allá en San Pablo todos le decíamos ña Chica....

FR.—Pero aquí no estamos en San Pablo, ¿ois? Aquí estamos entre la gente y hay que respetar, Ramona. ¿A qué venís á la sala?

R.—Mire, ña....niña Chica, es que yo no entiendo ese maldito cajón de fierro que me han metío en la cocina: se me han chas-

parriao las tortillas, se me ha salío el caldo, se me han pegao los riñones, y yo me he pelao toditica con agua caliente. A mí me dan mis tinamastes ó no cocino.

FR.—¡A estas horas salimos con eso! Y yo que creí que ya estaba la comida.

R.—¡Qué va á estar! si ni cabe la leña por la puerta de aquel malvao cajón.

D. C. (*por la izquierda, con un frac doblado en el brazo*). ¿Qué es eso? ¿Ramona en la sala?

R.—Don Concho, es que....

D. C.—La cocinera á la cocina ¿oye usté? ¡No faltaba más! Venir á ensuciar el petate de la sala!

FR.—Andá á la cocina, Ramona, ya voy pa allá.

R.—[*ap.*] ¡Petates! Petates! Ya no se acuerdan cuando tenían piso de tierra en la sala, allá en San Pablo. [*vase*]

D. C.—[*con misterio*]. Pancha ¿vos tenés confianza en la criada de adentro?

FR.—Yo no la conocía, pero me la recomendó la mujer de don Ugenio. ¿Por qué?

D. C.—¡Hum! sirvientas de San José! Cuando te digo que hiciste mal en no traerte de San Pablo á la güecha Simona! Esta concertadita josefina, como anoche no la dejamos ir al Parque, se ha vengao, sí señor, porque no ha sido naide más que ella, se ha vengao de mí, y de Conceición Abarca no se venga nadie. [*furioso*]

FR.—Pero ¿qué es lo que ha hecho?

D. C.—¿Qué? Mirá, [*desplegando el frac*] le ha arrancao unos pedazos á la leva que me trajieron hoy de la sastrería.

FR.—Pero, hombre, esto no parece cortao. ¿No será así esta chaqueta?

D. C.—¡Qué va á ser, mujer! ¿No te acordás que el año pasao, cuando estuvo en el pueblo el gobernador de la provincia llevaba una leva entera, y no rompida como ésta? ¡Cuando te digo que fue la criada! Y ahora vas á acabar de convencerte. El sastre me dijo que me iba á mandar también un sombrero que llaman....clache. ¿Pos sabés qué hízo la criadita con el pobre clache? Se le sentó encima y me lo hizo una tortilla. [*muestra el clac plegado*].

FR.—Ave María Purísima! Esto si que no tiene compasión.

D. C.—(*Toca los resortes y al estirarse el clac lo deja caer.* ¡Demonio!

ESCENA V.

Dichos, Heloísa, Chepita, Lolita por la izquerda.

H.—¡Tío Conchito! Panchita ¿como están ustedes?

FR—Vos por aquí, muchacha? } *la abrazan*
D. C.—¡Siempre tan galana! }

H—¡Caramba! tienen ustedes por casa un verdadero palacio!

D. C.—Un ranchito, hija, un pobre ranchito.

L.—Y de áhi, mamita, ¿nos compró ya los vestidos pa el baile?

FR.—Todito está en mi cuarto: las tres iremos iguales: naguas verdes y chaqueta amarilla de surache.

H.—¡Hola! ¿van ustedes al baile del 15?

CHEP.—Está claro: ¿y vos no vas?

H.—No.

L.—Tatica te puede conseguir una tarja con el menistro.

H.—No es por eso: desde ayer recibí la invitación: [*saca una tarjeta que todos examinan con curiosidad*] pero es para mí perfectamente inútil. Los maestros no podemos divertirnos. ¿No sería ridículo, mejor dicho, inmoral, que quien gana apenas cuarenta colones esté tres ó cuatro meses en ayunas por comprar un vestido de seda?

D. C.—Por eso no, Heloísa, porque aquí tenés un tío rico que te dará el vestido y el calzao.

H.—Mil gracias, tío; pero aún así no podré ir. ¿Acaso el público está obligado á saber que tengo un tío tan generoso (*con intención*) después que todos me han visto durante cuatro años luchar con la miseria? Usted comprende que eso se prestaría á comentarios poco caritativos.

D. C.—Pos como te parezca.

L.—¿Y de áhi? No vamos á ver los vestidos?

CH.—Si, si, vamos Heloísa. (*Vanse las mujeres por la izquierda*).

D. C.—Pancha, convidá á Heloisita con un vaso de chicha de la que hizo Ramona. Como que esta sobrina me ha echao una indirecta; me parece que.... (*Se encienden las luces eléctricas*). ¡Canastos! ¡Qué susto me han dado esas candelillas! Ayer se les puso á las muchachas tener luz.....inconducente; y hoy los hombres de la tranvía han encajao por toda la casa alambritos y más alambritos. (*Pausa*) Prendamos un chircagrito, que hace rato no fumo. [*Se quita un puro que lleva tras de la oreja*]. ¿Dónde diantres tendrán la puerta estos candiles? Nada, no fumaré. La verdá es que no son feas estas candilejas; pero cuatro ardiendo á un tiempo! Economía, Concepción, economía: apaguemos tres, y cuando se le acabe el pabilo á una, se priende la otra. [*Sopla con el sombrero*]. ¿Cómo diablos se apaga esto? Habrá que echarle agua? ¡Bonitos candiles que ni se abren ni se apagan! ¡Ah! machos invencioneros!

ESCENA VI.

D. Concepción, D. Caralampio, D. Venancio. (Don Concepción trata de apagar las luces, pero al tocar los tornillos sufre una descarga).

VEN.—¿Se puede....?

D. C.—¡Ay! [*repara en los visitantes*] ¡Oh, amigo don Venancio!

VEN.—Quizá venimos á estorbar....

D. C.—Es que me dio un calambre muy feo, pero ya pasó.

VEN.—Permítame presentarle á mi amigo don Caralampio Lagartijo, representante de la gran compañía minera "United Company Pacaca Puriscal".

CAR.—Servidor....

D. C.—Eche acá esos cinco y siéntesen. [*Se sientan*]. ¿Y que hubo al fin del retratito aquel [*á don Venancio*].

VEN.—Salió en el número de hoy: aquí está.

CAR.—¿Quién es ese chimpancé?

D. C.—(*riendo*) ¿Chin....qué? No ve usted, hombre, que soy yo?

VEN.—¡Y qué artículos tan encomiásticos para usted! Bien es cierto que todo eso me cuesta un ojo de la cara, á extremo que ya se evaporaron los quinientos colones que usted tuvo la generosidad de prestarme, y me veo en la imprescindible necesidad de pedirle otros doscientos con la fianza de don Caralampio.

D. C.—Déjese de fianzas, amigo: tome los doscientos, que bastante ha trabajao por mí. (*Saca del pantalón un pañuelo de color, y de éste los billetes*).

VEN.—[*declamando y poniéndose de pié*]. ¡Ah! ¿quién repara en raquíticos sacrificios pecuniarios cuando se trata de la salvación de la patria? Ah! usted será á todo trance diputado: así lo quiere la legalidad, así lo pide el derecho. ¡Perezcan los principios y sálvense los hombres, como dijo.....no sé

quién. Lo que el país necesita es regeneración política, física y monetaria; sí, nuestras arcas están exhaustas, y para salvarlas de la crisis, llevemos á la cámara hombres de capital, de capital importancia, hombres de buen fondo y de fondos, hombres..... hombres.....

D. C. —(*ap.*) Este hombre me entusiasma cuando discursea. (*alto*) Sí, señor: yo no sé nada, pero soy honrao, muy honrao, y al que diga que no, le doy un garrotazo. (*Imitando el tono declamatorio de don Venancio*). Y yo deputao, haría mucho, aunque me esté mal el decirlo; sí, señor, el país necesita prencipios, necesita que lo revuelquen, digo, que lo desyerben pa quitarle todo lo malo, pa sacarlo de ese joyo inmoral en que está....pa....pa....

VEN.—Bravo, bravísimo! Es usted el hombre que necesitamos (*Se apagan las luces*).

D.C.—¡Santo Dios! ¿qué es esto? (*restregándose los ojos*). No veo nada ¡auxilio! (*Vuelve la luz*). Pero ¿qué es esto?

VEN.—¿Qué ha de ser? El pésimo servicio de alumbrado, contra el cual clama diaria é inútilmente la prensa. ¡Ay, señor Abarca!, aquí todo es pésimo.

CAR.—Permítame ahora, señor de Abarca, que le exponga el objeto de mi visita.

D. C.—¡A ver!

CAR.—Yo soy representante de la más poderosa Compañía minera que explota los filones de la América Central, compañía en

la que figuran muchos presidentes y ministros, en cuenta don Eugenio Carpetázo, amigo de usted. La compañía acaba de adquirir en el Puriscal unos yacimientos auríferos y platíferos, en comparación de los cuales los del Perú y California son una miseria. Así es que este año habrá magníficos dividendos.

D. C.—¡Divididos! ¿Y cuáles son los divididos?

CAR.—Los accionistas: es decir, que se les repartirá una utilidad neta de ciento por ciento.

D. C.—No entiendo eso.

VEN.—Es muy sencillo: supongamos que usted es dueño de una acción, que vale mil pesos: á fines del año recibe de ganancia otros mil y dobla usted el capital.

D. C.—Magnífico negocio! Pero entonce todo el mundo habrá entrado ya en la compañía.

CAR.—Son tan solicitadas las acciones, que á duras penas he podido reservar dos para usted Son apenas dos mil colones.

D. C.—¡Dos mil! es mucha plata.

CAR.—¿Pero no ve usted que serán cuatro mil antes de un año?

D. C. (*ap. á D. Venancio*). —¿Y á Ud. que le parece?

VEN.—Que no hay negocio más brillante ni más seguro. Si yo tuviese dinero, pagaría las acciones á tres mil.

CAR.—Don Eugenio quería quedarse también con éstas: las cedió solamente porque

eran para usted: conque si Ud. no quiere.... (*hace ademán de guardarlas*).

D. C.—¡Conque don Ugenio me las cede y me las manda! Echelas acá. Así soy yo. Voy á traerle la plata. (*Vase*).

VEN.—¡Hombre al agua! Si vieras qué chicas tan guapas tiene este bárbaro! Y con cien mil colones en perspectiva cada una!

CAR.—¡Cien mil! ¿estás seguro? Pues no me largo de aquí sin pedir la mano de cualquiera de ellas ó de ambas. Chico, en estos casos es cuando se echa de menos la poligamia: sería capaz de casarme hasta con los abuelos de esta familia ¿Y bonitas, dices?

VEN.—Dos rosas salvajes, dos diamantes en bruto, más ignorantes que un patagón.

CAR.—Mejor que mejor: así ignorarían mi paradero al mes de casados y no sabrían el de los cien mil.....

D. C. (*saliendo con unos billetes en la mano*). --Aquí tiene usté los dos mil coloncillos.

CAR.—Gracias. Estas son las acciones. No las traspase nunca, señor de Abarca: cuando usted se convenza de lo que es este negocio, le juro que nunca se deshará de estas acciones.

VEN.—Ahora, con permiso de usted nos retiraremos: nos aguardan en la redacción.

CAR.—A los pies de usted, señor de Abarca.

VEN.—Hasta la vista, mi generoso Mecenas.

D. C.—Cuando Pancha merque la loza,

tendré el gusto de convidarlos á comer un posol y unos tamales.

Los dos.—Gracias, mil gracias. (*Vanse haciendo reverencias*).

ESCENA VII

D. Concepción, luego doña Francisca, Heloísa, Chepita, Lolita.

D. C.—¡Qué señores tan simpáticos! y cómo me quieren! (*Contemplando el grabado*). ¡Parece mentira que este sea yo! ¡Qué contento estará don Ugenio! ¡Panchita! Muchachas! (*llamando*)

Todas.—¿Qué es? qué sucede?

D. C.—Vean esto.

Ch.—¡Jesús! qué mico tan feo!

D. C.—¿Cómo mico? Soy yo.

L.—¡Qué va á ser!

D. C.—Pero, hija, lee.

L.—(*leyendo con dificultad*). Con....cep.... ción A....barca,... can...didote".

H.—En efecto, así dice, pero debe de ser una errata de imprenta.

D. C.—Pos la tal rata no me hace mucha gracia que digamos. Lee, vos, Heloísa.

H.—¡Oh! cuántos elogios para usted, tío!

D. C.—A ver, lee eso pronto.

H.—¡Virgen Santa! y como ponen al Gobierno y á don Eugenio!

D. C.—¡Al Gobierno! á don Ugenio!

Fr.—Insultan á don Ugenio!

D. C.—Eso no puede ser. Lee todo eso pa enterarnos.

H.—Antes voy á leer un aviso que de seguro interesará á ustedes más que los artículos.

CH.—¿A nosotras?

H.—Sí. (*Lee*). "La comisión oficial del baile del 15 de Setiembre avisa al público que ayer fueron enviadas á domicilio las invitaciones, y que por consiguiente, las personas que hoy á las 12 no hayan recibido tarjeta, deben considerarse como no invitadas". (*Pausa*).

DOÑA FRANCISCA.—¿Y de áhi?

L.—De manera que nosotras....

CH.—No nos convidan.

FR.—(*á Heloísa*). ¿Cuando recibiste la tarja?

H.—Ayer por la mañana.

L.—Debe de haber alguna equivocación.

CH.—Pero este aviso....

D. C.—Dice que á las 12, pero no sabemos si son las del día ó de la noche.

FR.—Tenés razón. (*Llaman por el foro*).

L.—¡Ah! ahí está. (*Corren todas á abrir y vuelve Chepita con una carta*).

D. C.—¡Cuando yo lo decía! Dénsela á Heloisita pa que la lea.

H.—Es una carta con el sello del Ministerio.

D. C.—¿No lo decía yo? El mesmo don Ugenio nos convida. ¡Qué honra! Lee pronto, hijita.

H.—(*leyendo*). "Ñor Concepción Abarca—Presente".

D. C.—¡Eh! ¿ñor?

H.—Así dice.

D. C.—Pues entonce es otra rata de imprenta.

H.—[*leyendo*]. "Señor: cuando tuve la desgracia de conocerle, me figuré que á pesar de su supina estultez, era usted, por lo menos, un honrado destripaterrones; pero hoy, convencido de su alevosía, me inspira usted el desprecio más profundo, lo mismo que "La Ley", ese pasquín patrocinado por usted, que pone en peligro las instituciones, atacando á los ministros, que son las columnas del estado".

D. C.—¡En el nombre del Padre y del Hijo...!

H.—"El Gobierno, resuelto á poner coto á esos desmanes subversivos, ha dispuesto deportar á la isla del Coco al Redactor, Venancio Sorbetinta, y confinar á usted por dos años en San Pablo, de donde nunca debiera haber salido".

D. C.—(*cayendo sobre un sofá*). ¡La Santísima Trinidá!

L.—Pero, tatica, ¿qué es eso?

FR.—¡Conchito de mi corazón!

CH.—¡Virgen de los Angeles!

D. C.—(*con tono quejumbroso*). Sí, me confiscan.... confiscao yo por dos años.

H.—Pero todavía no he concluido.

FR.—¿Qué dice?

H.—(*leyendo*). "Sin embargo, no soy ren-

coroso y voy á pagarle su perfidia con un f vor".

D. C.—¿No lo decía yo? Si todo debe de ser una chanza de don Ugenio.

H.—"Anda por ahí un tal Caralampio Lagartijo, embaucando á los babiecas con una supuesta compañía minera: y como de seguro se ha dirigido á usted, se lo prevengo para que esté alerta, y le aconsejo que se traslade hoy mismo á San Pablo, si no quiere verse molestado por la policía. Eugenio Carpetazo".

D. C —¡Sólo esto me faltaba! ¡Ay mis dos mil colones!

FR.—¿Tus dos mil colones?

D. C. --Sí, Panchita: un pícaro me engañó hoy con unas aiciones....

FR.—Pero ¡qué aiciones tan feas las de estos josefinos!

D. C.—¡Y ese don Ugenio! Y yo que no pensaba más que en hacerle regalos, que ya el quesito fresco, que ya la carguita de verduras. Pero, Heloísa, ¿por qué me confiscan?

H.—Porque usted pertenece á la oposición, al partido democrático, que según dicen, está fraguando una revolución.

D. C.—¡Yo enemigo del gobierno! yo revulución! yo partido! eso sí, partido por la mitá.

H.—Vamos, no se aflijan ustedes. ¿Quieren que les dé un consejo? Usted, tío, váyase á San Pablo con Panchita y deja á las

muchachas en un colegio.

L.—¡Si estamos ya muy viejas!

H.—Nunca es tarde para aprender. Si usted mismo, querido tío, no hubiera sido tan enemigo de la instrucción, no le pasarían ahora estas cosas.

D. C.—Sí, niñas: Heloisita ha hablado como un obispo. Si yo hubiera seguido el ejemplo de tu padre, que era el menos tonto de mis hermanos, mis hijas serían señoritas finas como vos, y yo en lugar de estar confiscao, tal vez sería.... Pero no, ya se acabaron los deputaos y los menistros.

ESCENA VIII.

Dichos, criada.

CR.—¡Señora, Señora!

FR.—¿Otra desgracia?

CR.—Señora, Ramona está con un ataque: se le ahumó la comida y está tirada por el suelo.

FR.—¡La comida tirada por el suelo!

CR.—No, señora, si es Ramona. Y fue que arrimó mucho los tizones á la chiminea, y como sopló tanto, se prendió fuego por detrás y alzó llama.

L.—Santo Dios! se está quemando Ramona!

CR.—No, señora, si es la chiminea.

FR.—¡El señor nos favorezca! (*Vase corriendo, seguida de la criada*).

D. C.—Sí, que se queme esta maldita casa, mejor.

CH.—Tatica ¿de verdá nos volvemos á San Pablo?

D. C.—Sí, hijita. (*sollozando*)

H.—¡Ay, y los vestidos nuevos! (*llora*)

L—¡Y los sombreros emplumaos! Adiós bailes! A lavar, á cocinar otra vez! [*llora*]

D. C.—¿Saben cuanto me cuesta la tontera de venir á figurar? Más de quince mil pesos! ¡Ay, Panchita!

H.—Por Dios, tío.

L.—¡Otra vez á San Pablo!

CH.—¡Qué chasco!

D. C.—¡Qué bruto fuí al pensar que por sólo mi plata iba á figurar en San José! Ahora me arrepiento de ese disparate, sí señor, y en adelante procuraré la destrucción del pueblo, sí señor, porque todos debemos estruirnos. Y cuando vea que algún babieca como yo quiere venir á la capital para hacer de persona, le diré: "estate quedito en tu casa; mirate en este espejo; aquí tenés á Conceición Abarca que fué á San José pa que lo hicieran deputao, y á pesar su plata, nunca pasó de ser lo que había sido siempre, es decir....un....un....

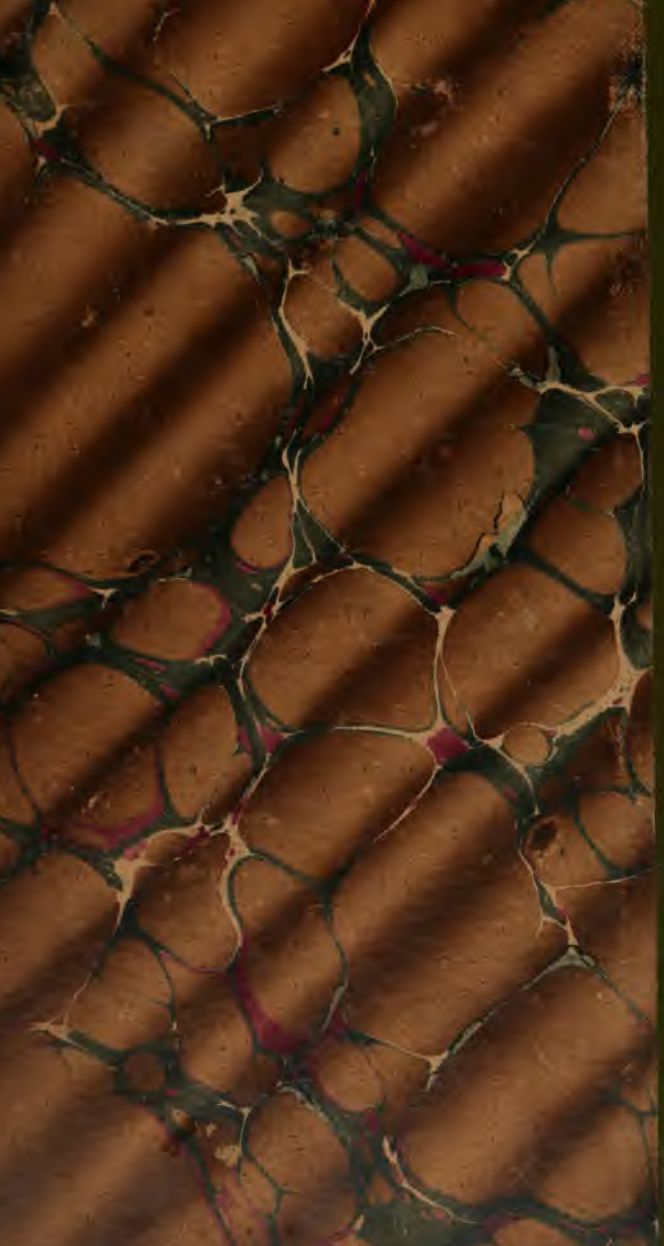
TODAS.—¿Qué?

FR.—(*dentro*) ¡Concho! ¡Concho!

D. C.—Eso mismo. Ya lo dijo mi mujer.

=TELON=

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.